

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

José María Gomar.

TOMO V.—NUM. 7.

SUMARIO:

I Violetas, poesía, por Sabelio. — II Correspondencia. — III Ensayo de crítica, por Juan Bertis. — IV Corazón enfermo, poesía, por Vicenta Laparra de la Cerda. — V Invierno, por Alberto Masferrer. — VI Floreal, poesía, por Ernesto O. Palacio. — VII Recuerdos de A***, por Alonso Reyes G. — VIII Su último adiós, poesía, por Alvaro Llona. — IX Albums, por Lucila Gamero Moncada. — X La Serenata de Schubert, poesía, por Manuel Gutiérrez Nájera. — XI El bardo del bosque, por I. Zelaya. — XII La Luna, poesía, por Diego Fallon. — XIII Lucila, por Rafaela Turcios. — XIV Bibliografía, por Victor Jerez. — XV Notas. — XVI Actas. — XVII Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 61

SAN SALVADOR,—TIPOGRAFÍA "LA LUZ" CALLE DE MORAZÁN 31.

JULIO DE 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er} . Vocal	„ Víctor M. Jerez.
2 ^o „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Isafas Gamboa.

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Arturo A. Ambrogi.
„ Indalecio Zelaya.	„ Jeremías Martínez.

SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr.	D. Rubén Rivera.
„	„ Manuel Diéguez.	„	„ Abraham Rivera.
„	„ Carlos A. Imendia.	„	„ Ramón A. Salazar.
„	„ J. Joaquín Pérez.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	„ Ismael Cerna.	„	„ Esteban C. Roque.
„	„ Anselmo Valdés.	Br.	„ Juan J. Lainez.
Dr.	„ Désire Pector,	„	„ Antonio Macías.
Lic.	„ Joaquín B. Calvo.	Dr.	„ Simeón Eduardo.
„	„ Salvador Flamenco.	„	„ David A. Payés.
„	„ Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Ramón P. Molina.
„	„ Carlos G. Amézaga.	„	„ Santiago Key Ayala.
„	„ Ricardo Rossel.	„	„ Carlos Dárdano.
„	„ Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	„ Justo Zaragoza.	„	„ Baltasar Parada.
„	„ Carlos Gagini.	Br.	„ Adolfo Castro.
„	„ Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
Dr.	„ Lucio Alvarenga.	„	„ Rafael E. Chaves.
„	„ Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Ezio Monjardino.
„	„ Francisco Argueta Vargas.	„	„ Leonidas Pallares Arteta.
„	„ Celso Briones.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
„	„ Domingo Martínez Luján.	„	„ Carlos Fernández Shaw.
„	„ José Joaquín Palma.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez
„	„ Sixto Morales.	„	„ Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

Comisión Redactora:

Víctor M. Jerez.

Eusebio Bracamonte.

Doroteo Fonseca.

TOMO V |

San Salvador, Julio de 1894.

| Núm. 7.

VIOLETAS.

I.

María Gracia.

La Gracia y la Virtud se dieron cita
para erigir en ángel á una virgen;
y ya todos sabemos, Mariíta,
que ese ángel...eres tú.

Por eso sus más íntimos loores,
á una voz, nuestras almas te dirigen :
por eso el trovador te da sus flores
al són de su laúd!

II.

Carmen Comar.

Aunque es ley que la humana criatura,
mientras su esencia restituye al cielo,
rinda al polvo su deuda material,—
á tí, Carmen, no alcanza ley tan dura,
porque tú nada tienes de este suelo,
porque todo tu sér es celestial!

III.

Mercedes Guillén.

¡Venturoso el mortal que conquistando
de tu favor la palma apetecible,
pueda exclamar:—De hoy más, cuento en mi senda
con la mano de un ángel que me guíe!—

Sabelio.

San Salvador: 1894.

CORRESPONDENCIA.

San Vicente, noviembre 26 de 1893.

Señor Secretario de la Academia "La
Juventud Salvadoreña".—San Salvador.

Muy señor mío:

Me he impuesto de su atento oficio fecha 20 del corriente, en que se sirve comunicarme que á moción del señor Doroteo Fonseca, en Junta General, fuí admitido como Socio Corresponsal de la Academia "La Juventud Salvadoreña"; y, á la honra que á solicitud del señor Fonseca se ha dignado dispensarme tan simpática Asociación, no puedo menos que corresponder con verdadero reconocimiento.

Por el digno medio de U. hago presente, pues, á tan honorable Cuerpo, que acepto el cargo conferido, el que trataré de llenar en la esfera de mis fuerzas.

Pena y no poca, sentiría, señor Secretario, al defraudar las esperanzas de los miembros de la Academia, y por lo mismo, me uno á UU. con sólo la ejecutoria con que siempre se presenta la juventud: el corazón.

Con muestras de alta consideración, me suscribo de U. atento servidor y consocio.

Francisco C. Rodríguez.

San Salvador, noviembre 30 de 1893.

Señor Secretario de la Academia "La Juventud Salvadoreña".—Presente.

He sido gratamente impresionado con la lectura de su muy atenta nota de 20 del que cursa, en la que U. se sirve comunicarme que, á propuesta de los Socios Zelaya y Martínez, y por unanimidad de votos, la Academia de que es U. digno Secretario, me ha admitido en su seno como *Socio Activo*.

Al aceptar este honroso nombramiento, ruego á U. se sirva expresar ante la docta Corporación, mi gratitud profunda hacia todos sus miembros por su deferencia para conmigo.

Sometiéndome desde ahora á los Estatutos de la Academia, procuraré cumplir lo más pronto que me sea posible con lo dispuesto en el inciso 2º del artículo 9, que U. me transcribe.

Sírvase, señor Secretario, aceptar las más rendidas muestras de consideración y aprecio de su afectísimo amigo y consocio.

Isaiás Gamboa H.

San José, 1º de diciembre de 1893.

Señor don Alonso Reyes G., 1º Secretario de la Sociedad Científico Literaria "La Juventud Salvadoreña".

Estimado señor:

Con muchísimo placer he recibido su comunicación de fecha

20 del pasado, en la que se sirve Ud. darme cuenta de que, á moción del señor don Doroteo Fonseca, he sido nombrado por esa Academia Socio Corresponsal de la misma.

Le estimaré á Ud. que en la primera sesión que celebre la Sociedad se sirva Ud. presentar mi voto de gracias, manifestando que tengo á mucha honra formar parte de la Asociación.

Soy de Ud. con el mayor respeto su muy atento S. S. q. b. s. m.

Vicente Lines.

Nueva York, 19 de diciembre 1893.

Señor Secretario de la Sociedad Científico Literaria "La Juventud Salvadoreña".—San Salvador.

Muy distinguido señor mío:

Aprecio mucho el honor que me ha hecho la culta y distinguida Sociedad "La Juventud Salvadoreña", al nombrarme Socio Corresponsal, y acepto el nombramiento con mucho gusto.—Les profeso mucha simpatía á las Repúblicas Hispano Americanas. Espero algún día poder visitar á su bello país, la República de El Salvador, ese país que goza de los mayores encantos de la Naturaleza.

S. S. Q. B. S. M.

Mary Springer.

Lima, á 14 de mayo de 1894.

Señor:

Recibí, junto con el atento oficio de U. del 28 de marzo último, el diploma de socio corresponsal

de esa distinguida Academia Científico Literaria, conferido á propuesta del señor D. Eusebio Bracamonte.

Doy las más cumplidas gracias á la Sociedad, y en especial al señor Bracamonte, por la señalada honra que me ha dispensado, y ojalá me sea posible contribuir de alguna manera á la prosperidad y engrandecimiento de ella.

Aunque mis conocimientos y dotes son muy limitados, pongo á disposición de la Sociedad toda mi buena voluntad de servirle en cuanto me crea útil.

Aprovecho la oportunidad para ofrecer á U. el testimonio de mi especialísima y sincera estimación.

De U. atento, obsecuente servidor,

Leonidas Pallares Arteta.

Al señor don Alonso Reyes G., Primer Secretario de la Academia "La Juventud Salvadoreña.—San Salvador.

ENSAYO DE CRITICA.

ARTÍCULO DEDICADO Á MI QUERIDO AMIGO DON FRANCISCO A. GAMBOA.

Si la elocuencia de los antiguos llegó á tal punto que nos es difícil conceder un grado más de perfección cuando se trata de promover con el influjo de la palabra los grandes intereses de los Estados; la elocuencia sagrada tiene un carácter de elevación que la hace superior á la elocuencia profana. La sencillez de aquellos discursos que sin más objeto que el de ex-

plicar la santa doctrina, están desprovistos de todas las galas de la imaginación, tienen siempre por causa de su materia una superioridad á que no puede llegar por sí sola la razón humana. Los que van encaminados á descubrir la certeza de nuestros dogmas para rendir el orgullo de la incredulidad, ofrecen al alma una satisfacción más pura y más completa que los discursos académicos donde mejor se han movido los resortes del arte. ¿Qué diremos de esas concurrencias públicas, en que un ministro del altar se constituye á la vez intérprete del Dios vivo, pintor fidelísimo del corazón humano y órgano por donde el arrepentimiento eleva sus clamores hasta el trono del soberano Juez?

Todo pues en la oratoria sagrada trasporta la imaginación, eleva el alma y excita con viveza inesplicable el sentimiento de la virtud. Todo saca al hombre de las ideas temporales; y las pasiones que le subyugan parecen enmudecer á los primeros acentos del sacerdote cristiano,

Sin embargo, hay un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el mejor influjo sobre nosotros; si superiores á las pequeñas grandezas del mundo las viésemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra pudieran elevarse sin esfuerzo á la contemplación de las cosas invisibles; ¿qué discurso más á propó-

sito para poseerlas exclusivamente, que el que se versara sobre los altos misterios de la Divinidad? Pero apegados en extremo á las ilusiones del mundo, y constantemente aturridos con el estrépito de la celebridad, solo podemos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer á nuestros pies el idolo que adoramos: es necesario ver bajar los reyes al sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo, no ya de los hombres oscuros, sino aun de las cosas más despreciables; es necesario ver á estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven á tomar la naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la eternidad al lado del tiempo, y á la religión sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres.

Es mucha gloria para Bossuet el que las oraciones fúnebres se eleven tanto sobre las otras producciones oratorias, así por la magnificencia del asunto, como por la majestad del tono y la sublimidad del estilo: porque él ha excedido á las mismas teorías en fuerza de su ingenio, cuanto la oración fúnebre excede en elevación á todos los otros géneros.

Todas sus oraciones fúnebres tienen tanta originalidad y grandeza; sus pensamientos en ellas se alejan tanto de esa filosofía común donde siempre descubrimos al hombre, á pesar de todos sus esfuerzos para crearse una autoridad superior á la que puede tener la condición humana; su imaginación predomina tanto sin salir de los más estrechos lími-

tes de la verdad; sus narraciones son tan perfectas, su estilo tan puro, tan limpia y tan elevada su elocución, que no puede superarse.

La oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra nos subyuga y arroba desde el primer anuncio, pues ofrece llorar en una sola muerte la muerte y la nada de todas las grandezas. Por otra parte, sentimos un patético tan dulce en la pintura de una princesa distinguida con los encantos de la hermosura, privilegiada con las cualidades del espíritu y rarísima entre las de su sexo por las prendas del corazón, que nuestras lágrimas que corren de tiempo en tiempo, nos van aliviando sucesivamente de aquella sensación angustiada que en el corazón excitan los movimientos poderosos de una elocuencia soberana.

“Una triste y dolorosa memoria dice Bossuet, ha quedado unida al nombre de Enriqueta de Inglaterra. Era la última hija del desgraciado Carlos I, como la reina su madre había sido la última hija de Enrique V. Las primeras miradas de ésta habían visto á su padre en todo el esplendor de su gloria, pacíficamente sentado en un trono que conservaba por los derechos de la sangre y había conquistado por su valor, adorado aun de aquellos mismos comprometidos á combatir contra él, y pronto á dar leyes á la Europa por el ascendiente de la confianza ó por el terror de sus armas”.

“Menos felices fueron los auspicios bajo que nació Enriqueta de Inglaterra: porque, después

de haber recibido la vida en medio de los campos, no había llegado á ver al rededor de su cuna sino á los enemigos más encarnizados de su casa, ni había llegado á oír otras palabras que gritos de rabia y de furor contra los autores de sus días. Habiendo escapado de los primeros complots, y restituída á su madre, todavía más infeliz que ella, su infancia no había estado exenta de aquellas privaciones crueles que las condiciones más elevadas experimentan raras veces”.

“Al través de las consideraciones y benevolencia sincera que halló en la corte, donde había venido á buscar un asilo, pudo reconocer que la compasión que se inspira, es entre todos los sentimientos el que una alma noble y altiva experimenta más dolorosamente. Habíala obligado en cierto modo una impresión tan penosa á depositar en el silencio de su corazón cuantos movimientos la oprimían; y su carácter naturalmente amigo de franquearse en el abandono de una dulce confianza, contrajo al fin una reserva opuesta con mucho á su genuina inclinación. Mas esta noble circunspección era lo único sin duda capaz de mantener la dignidad del infortunio”.

“Cuando restablecida en su rango y honores por una providencia menos severa, se vió repentinamente llamada á ocupar el segundo puesto en la primera corte de la Europa, las cualidades amables que la naturaleza le había concedido, parecieron adquirir un esplendor nuevo, como resultado de la violencia interior

que largo tiempo se había impuesto ella misma”.

“Apenas Enriqueta de Inglaterra se hubo presentado bajo un nuevo título en aquella corte de Luis XIV, brillantísima entonces con todo el esplendor de un rey joven, sensible á la gloria, lleno de grandeza, de gusto y de magnificencia cuando vino á ser el objeto de todos los homenajes”.

“Es triste ver al hombre bajar al sepulcro; terrible, cuando este último tránsito va precedido de toda la magnificencia que puede disfrutarse en el curso de la vida”.

Bossuet penetra en el templo, y cual si Dios le hubiese condecorado ya con el título de mensajero suyo en la muerte de los grandes, sube á la cátedra cristiana... fija sus ojos en el aparato fúnebre.....los vuelve á su interior para repasar allí mil memorias profundas en las que se confunden á cada paso el entusiasmo de la gloria y el grito del dolor..... recuerda que no ha discurrido un año desde que fué llamado al templo por una muerte igualmente ilustre.....su corazón se siente igualmente oprimido..... ábrense sus labios y pronuncian aquellas palabras que la ciencia divina dictó al más poderoso, al más magnífico y al más sublime de todos los reyes.

“Vanitas vanitatum et omnia vanitas”. Ecles, Cap. I. vers II. Vanidad de vanidades y todo vanidad.

“Yo estaba pues destinado á ofrecer este homenaje fúnebre á la muy alta y muy poderosa princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans. Aquella á

quien yo había visto tan atenta, cuando estaba tributando este mismo deber á la reina su madre, ¡había de venir tan pronto á ser el asunto de un discurso semejante, y mi triste voz estaba reservada para este deplorable ministerio! ¡Oh vanidad! ¡Oh nada! ¡Oh mortales ignorantes de sus destinos! ¡Lo hubiera ella creído hace dos meses! ¿Y vosotros, señores, hubierais imaginado, cuando la visteis derramar tantas lágrimas en este lugar, que tan pronto había de juntarnos en el propio sitio para llorarla á ella misma? Princesa, digno objeto de la admiración de dos grandes reinos, no era bastante que la Inglaterra llorase vuestra ausencia, sino que había de verse aun reducida á llorar vuestra muerte? ¿Y la Francia, que os volvió á ver con tanta alegría, rodeada de tanto esplendor, al regresar de aquel viaje famoso de donde volvisteis cargada de tanta gloria y de tan bellas esperanzas, ¿no tenía otra pompa, ni otros triunfos que ofrecer? ¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad! Esta es la sola palabra que me resta, ésta es la única reflexión que me permite, en un accidente tan extraño, tan justo y sensible dolor. No he recorrido pues los libros santos para escoger en ellos algún texto que aplicar á esta princesa: he tomado y sin elección las primeras palabras que presenta el Eclesiastes; pues aunque haya sido aquí tan frecuentemente nombrada la vanidad, no lo es todavía bastante á mi juicio, para el designio que me propongo. Yo quiero deplorar en una sola desgracia

todas las calamidades del género humano, y hacer ver en una sola muerte la nada de todas las grandezas humanas. Este texto, que conviene á todos los estados y á todas las situaciones de la vida, viene á ser, por una razón particular, propio de mi lamentable asunto; porque jamás han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente descubiertas ni tan altamente confundidas. No: después de lo que acabamos de ver, la salud no es más que un nombre, la vida no es más que un sueño, la gloria no es más que una apariencia, los placeres y las gracias no son más que un peligroso recreo; todo es vano en nosotros excepto la sincera confesión que ante Dios hacemos de nuestras vanidades, y el juicio severo que nos hace despreciar todo lo que somos”.

“Pero ¿digo la verdad? ¿El hombre á quien Dios hizo á su imagen no es más que una sombra? ¿Lo que Jesucristo vino á buscar del cielo á la tierra, lo que ha creído poder adquirir á costa de su sangre, sin envilecerse, no es “más que una nada”? Reconozcamos nuestro error. Sin duda que este triste espectáculo de las vanidades humanas nos penetra de espanto, y la esperanza pública repentinamente frustrada por la muerte de esta princesa nos lleva más lejos todavía. No permitamos al hombre que se desprecie todo entero: no sea que, creyendo con los impíos que “nuestra vida no es más que un juego en que reina la casualidad, marche sin regla y sin guía al capricho de sus ciegos deseos..

“He aquí porqué la razón porqué “el Eclesiastes, después de haber “comenzado su divina obra por las “palabras que he referido, y después de haber llenado sus páginas todas con el desprecio de las “cosas humanas; quiere al fin “mostrar en el hombre alguna cosa más sólida, y concluye su discurso diciendo: “Teme á Dios “y guarda sus preceptos porque “esto es todo el hombre: sabe que “el señor examinará en su juicio “todo el bien y el mal que hayamos hecho”. “Todo es pues en vano en el hombre, si atendemos á lo que da al mundo; mas al contrario, todo es importante, si consideramos lo que debe á Dios. Adelantemos aún más estas ideas: todo es vano en el hombre, si miramos el curso de su vida mortal; mas todo es importante; todo es precioso, si contemplamos el término en que ella se detiene y la cuenta que tenemos necesidad de rendir. Meditemos pues hoy á la vista de ese altar y de ese sepulcro la primera y última palabra del Eclesiastes: la una que muestra la nada del hombre, la otra que establece su grandeza. Que ese sepulcro nos convenza de nuestra nada con tal que ese altar, en que se ofrece todos los días por nosotros una víctima de tan grande precio, nos enseñe al mismo tiempo nuestra dignidad. La princesa que lloramos será un testigo fiel de uno y otro: veamos lo que una santa muerte le ha concedido. Así aprenderemos á despreciar lo que ella ha dejado sin pena, á fin de consagrar toda nuestra estimación á lo que abrazó

con un ardor tan grande, cuando su alma depurada ya de todos los sentimientos de la tierra, y llena del cielo, á donde ya tocaba, vió la luz manifiesta en su totalidad. He aquí las verdades que voy á tratar y que he creído dignas de ser propuestas á tan gran príncipe y al concurso más ilustre del universo”.

Dejemos la elevación que reina en toda esta parte del discurso, esa majestad que se siente desde que empezamos á recorrer las primeras líneas, ese pensamiento sublime y cuya noble osadía luego nos descubre al genio inspirado por la religión, este solemne anuncio de que van á llorarse en una sola muerte todas las calamidades del género humano. Primorosos á la verdad son estos caracteres; pero ellos brillan por toda la serie del discurso, y nos darán ocasión de ponderarlos dignamente en aquellos pasajes donde aparezcan más dominantes. Hay en esta intruducción tres cosas muy dignas de notarse para estimarla en todo el grado de su perfecta regularidad.

El texto que ha escogido el orador es doblemente común, ya porque puede reputarse como el menos circunscripto para una oración determinada, ya porque apenas hay cosa más repetida hasta por las gentes del vulgo. Sin embargo, el genio, depositario de inmensos recursos, jamás llega á apoderarse de una idea, por común y familiar que se suponga, sin que trate de adaptarla maravillosamente á sus creaciones. Bossuet nos advierte que sin elección y sin estudio ha tomado las

primeras palabras que le ofreció el Eclesiastes; no se olvida de que el concepto que encierran, es universalmente repetido; pero dice con firmeza no haberlo sido bastante á su propósito, porque nunca han sido las vanidades de la tierra *ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas*. Después de esto, ¿quién osaría proponer otro pasaje de la Escritura para sustituirle al profundo y melancólico pensamiento de Salomón? Veamos pues ya convertido en propio, en característico, lo que más común y vago nos parecía.

Las reflexiones con que se abre el exordio están tomadas de unas circunstancias tan inmediatas y al mismo tiempo singulares, tan sorprendentes y terribles á la vez, y están presentadas con un aire de enagenamiento tan extraño, tan triste, y tan natural, que nada podía imaginarse más á propósito para derramar la consternación por el auditorio, la cual en las oraciones fúnebres es el modo con que se insinúa la atención y la docilidad. ¡Qué contraste tan opresivo para el alma, el de un Pontífice Venerable, animado con toda la fuerza que comunica la religión, reservado á pesar de encontrarse muy adelantado en la carrera de la vida para llorar, á nombre de toda la nación y con la autoridad de la palabra evangélica, la muerte de una princesa rodeada de tanta gloria y cuando no se había marchitado aún en su rostro ni una sola de las flores que anuncian la primavera de la vida! Acaba de enumerar estas circuns-

tancias y exclama: oh vanidad, oh nada! Pondera con su auditorio lo inopinado del acontecimiento, apostrofa con grave ternura á su joven heroína; y después de manifestar á la Inglaterra viéndose reducida á llorar no solo la ausencia sino la muerte de Enriqueta, y á la Francia ofreciéndole al cabo de un viaje tan ilustre por única recompensa el aparato fúnebre que condecoraba su féretro, vuelve á exclamar profundamente: vanidad de vanidades y todo vanidad! Estas exclamaciones que se van presentando después de ciertos pensamientos, cada uno de los cuales comprende la elevación y la caída, se asemejan á los pausados y profundos lamentos del dolor, son la expresión más viva del desconsuelo, y la imagen más fiel de un religioso desengaño. Cuando hacemos la pintura de la gloria mundana, el entusiasmo se apodera de nosotros en tal extremo, que nos vemos tentados de divinizar al héroe; pero cuando adelantando un paso, la vemos precipitarse á nuestra vista como un débil meteoro, se apodera luego de nuestro corazón una triste languidez, que ya no nos permite decir otra palabra, sino la que descubre más animosamente el efecto que ha producido en nosotros la luz de la verdad. Entonces vienen las reflexiones más serias, entonces sentimos que renace en el alma el imperio de la razón; no queremos ya dar crédito al falso brillo de la celebridad; y abandonados á nuestras propias ideas, nuestra imaginación confunde la grandeza con la nada y

nuestros labios se abren de tiempo en tiempo para decir que *todo es vanidad*.

Pero ¡cuánto más no brilla el talento del orador al corregirse de la generalidad con que ha pintado la vanidad del hombre! No todo es despreciable, no todo es vano, no todo perece. Hay un principio noble dentro de nosotros que proclama nuestros destinos inmortales, que recuerda la nobleza de nuestro origen, que descubre nuestra elevación y sanciona nuestra grandeza. Si por una parte nos confundimos con el polvo; por otra podemos levantarnos hasta la esfera infinita en que reside la Divinidad. Esta finísima corrección, por donde se abre campo Bossuet á fijar el otro punto de su discurso, sorprende sobremanera en medio de su incomparable naturalidad, circunscribe mejor el texto, y da el último golpe de perfección á un exordio, el más adecuado para mostrar el verdadero talento oratorio, que tan noblemente se anuncia desde que presenta el rico y fecundo plan que ha sabido concebir. Tales son las cualidades que notamos con gusto en este exordio, el cual debe proponerse como un perfecto dechado á cuantos intentan formarse en la oratoria no solo con las buenas teorías sino con los ejemplos más imitables.

“Todos morimos, decía aquella mujer, cuya prudencia alaba la Escritura en el segundo libro de los Reyes, y vamos sin cesar al sepulcro, así como las aguas que se pierden sin vuelta”. Hé aquí un texto muy significativo que magníficamente ampliado por el

orador, sirve de introducción á la primera parte de este discurso. Prosigue manifestando que si alguna cosa pudiera elevar á los hombres sobre su debilidad natural, nada habría en el universo sino esta princesa.

“Por cualquiera parte, dice, que yo siga las huellas de su glorioso origen, no descubro sino reyes; y por donde quiera me descubre el esplendor de las más augustas coronas. Preséntase á mi vista la casa de Francia, la más grande sin comparación de todo el universo, y á la cual pueden ceder sin envidia las más poderosas casas, puesto que todas intentan sacar su gloria de esta fuente. Veo á los reyes de Escocia, los reyes de Inglaterra que por espacio de tantos siglos han reinado sobre una de las naciones más belicosas del mundo, más todavía por su valor que por la autoridad de su cetro. Pero esta princesa nacida sobre el trono no poseía un espíritu y un corazón más alto que su nacimiento: pueslejos de que hubiesen podido agobiarla en su primera juventud los infortunios de su casa, descubrían todos en ella desde entonces una grandeza que no debía nada á la fortuna. Con harta júbilo decíamos todos que el cielo la había arrancado como por milagro, de las manos de los enemigos del rey su padre para darla á la Francia: ¡don precioso, inestimable presente, con tal que que su posesión hubiera sido más duradera! ¿Mas por qué viene á interrumpirme este recuerdo? ¡Ah! no podemos detener un instante los ojos en la gloria de

“la princesa, sin que la muerte se
 “mezcle allí inmediatamente para
 “ofuscarlo todo con su sombra.
 “¡Oh muerte, aléjate de nuestro
 “pensamiento, y déjanos engañar
 “por un poco de tiempo la violen-
 “cia de nuestro dolor con la me-
 “moría de nuestra alegría! Acor-
 “daos pues, señores, de la admi-
 “ración que la princesa de Ingla-
 “terra causaba en toda la corte:
 “porque vuestra memoria sabrá
 “pintároslo con todos sus caracté-
 “res y su incomparable dulzura
 “mejor que pudieran hacerlo nun-
 “ca todas mis palabras. Crecía
 “entre las bendiciones de todos
 “los pueblos, y los años no deja-
 “ban de traerle cada uno á su vez
 “el tributo de nuevas gracias”.

De aquí pasó el orador á exaltar la reputación eminente que disfrutaba su heroína entre los personajes de su familia. Ana de España que nada encontraba de superior á su mérito, deseosa de aglomerar en su casa toda la grandeza del mundo, quiso que Felipe de Francia se casase con Enriqueta. En cuanto á las cualidades de su espíritu, basta decir que quien había tenido la dicha de agrádar á *madama* se persuadía que había tocado á la perfección; y el rey mismo, cuyo gusto estaba sobre los ápices de una suprema delicadeza, la tenía puesta en su estimación sobre toda clase de elogios.

Sin embargo, nada pudo herir su modestia, jamás la deslumbraron sus luces: igualmente á propósito para encontrar que para recibir los consejos de la prudencia, ninguna cosa estimaba tanto como estudiarse á sí misma en su

propio carácter, á fin de conocer sus defectos, que tenía la grandeza bastante de ver sin temor cerca de sí.

“Ningún estudio tenía para ella
 “los encantos que la historia, la
 “cual se llama, no sin motivo, pru-
 “dente consejero de los príncipes.
 “Aquí es donde los reyes más
 “grandes no tienen rango yá si-
 “no por sus virtudes; y donde pa-
 “ra siempre degradados por las
 “manos de la muerte, vienen á
 “sufrir sin corte y sin séquito el
 “juicio de todos los pueblos y de
 “todos los siglos. Descúbrese
 “aquí cuán superficial es el lustre
 “que proviene de la adulación, y
 “cuán insubsistentes son los falsos
 “colores, por mucha industria y
 “esmero que se ponga en explicar-
 “los. Aquí estudiaba nuestra ad-
 “mirable princesa los deberes de
 “aquellos de cuya vida se compo-
 “ne la historia. Aquí perdía insen-
 “siblemente el gusto de las nove-
 “las y de sus héroes insípidos, y
 “empeñada en formarse sobre lo
 “verdadero, despreciaba esas frías
 “y peligrosas ficciones. Así pues,
 “bajo un semblante risueño y
 “aquel aire de juventud que pa-
 “recía no prometer sino juegos,
 “ocultaba un sentido y una serie-
 “dad que sorprendía y con mu-
 “cho á cuantos la trataban.”

Una cualidad muy estimable entre los hombres y muy difícil de encarecer cuando adorna el espíritu de una joven, la de guardar el secreto, es un rasgo muy capital para que le hubiera pasado en silencio el panegirista de Enriqueta de Inglaterra; y ésta es una de las causas, en concepto suyo, que fijaron sobre ella la aten-

ción de los reyes, para poner en sus manos los más comprometidos negocios de la política. Sin embargo, ¡con qué delicadeza exalta Bossuet el viaje á Inglaterra y se abstiene al mismo tiempo de descubrir el misterio que aquí se contenía! No penséis, dice, que cual temerario intérprete de los secretos del Estado, quiera yo discurrir acerca del viaje que hizo á la Inglaterra, ni que imite á esos políticos especulativos que arreglan según sus ideas los consejos de los reyes, y componen sin instrucción los anales de su siglo. No hablaré pues de este viaje glorioso, sino para decir que *madama* en él fue más admirada que nunca. No se hablaba sino con trasporte de la bondad de esta princesa, que á pesar de las divisiones que en las cortes son tan ordinarias, se ganó desde luego todos los espíritus. Era imposible elogiar bastante su increíble destreza en el manejo de los más delicados negocios, en curar esas desconfianzas encubiertas que por lo regular los mantienen suspensos, y en terminar las diferencias todas de una manera que conciliaba los intereses más opuestos. Mas ¿quién pudiera pensar sin verter lágrimas en las muestras de estimación y ternura que la dió el rey su hermano? Este gran rey, más capaz de ser movido por el mérito que por la sangre, no se cansaba nunca de admirar las excelentes cualidades de *madama*.”

Detengámonos un tanto, con el fin de repasar á la luz de los principios, aquellas consideraciones que naturalmente excitan los

diferentes trozos que acaban de leerse. Se ha visto ya que en las oraciones fúnebres debe predominar lo sublime. ¿Y puede levantarse hasta él quien tiene precisión de discurrir sobre cosas pequeñas? No hay sublimidad en el estilo cuando falta en los pensamientos; ya busquemos esta cualidad en el orden físico; ya en el orden moral; ni los pensamientos son sublimes cuando los objetos son comunes. El género demostrativo de la elocuencia sagrada desecha por lo mismo cuanto no es grande; y bajo este respecto debe calificarse de una piadosa temeridad el empeño de ciertos oradores que, nimiamente afectados de las personas privadas, quieren honrar su pira con la elocuencia fúnebre. Es pues indispensable que el objeto pertenezca en cierto modo á toda la sociedad, que ocupe á la vez el espíritu de todo un pueblo con la grandeza de sus acciones, y que su nombre, si es posible, vuelva con los ecos de toda la tierra. Se trata de situar á los pies de la religión toda la grandeza de los hombres ó para confundirla y anonadarla, sino tiene más objeto que la gloria estéril que el mundo puede conceder, ó para que reciba del Supremo Sér á quien se dirige, aquella estabilidad sin fin que ha prometido conceder á la gota de agua que se ofrezca en su nombre.

Bossuet emprende hacer un elogio fúnebre; pero ¿cuál es el objeto á quien va consagrado? Una tierna rosa que desaparece bien pronto, pero después de haber brillado sobre todas las belle-

zas que deposita la pradera. Ocupaba, es cierto, *madama* el segundo rango; pero le ocupaba en la primera corte del universo, y después de haber desechado mil brillantes diademas. No podían buscarse los vestigios de su origen, sin ver exclusivamente en ellos pasos de reyes; ni echarse una ojeada sobre la historia de su familia, sin que la vista se ofuscara con el *resplandor de las más augustas coronas*. Tal vez no basta, para realzar la estimación de la persona, el que esté cobijada completamente por los rayos de la luz que despiden la *majestad*; pero Enriqueta de Inglaterra poseía un espíritu que regía con igual cetro la grandeza y el infortunio. Su entendimiento tenía tal imperio sobre los grandes talentos de su siglo, que siendo éste el siglo de oro en la edad moderna, los más insignes literatos de la Francia veían el voto de *madama*, como la señal infalible de la perfección de sus obras. ¿Qué se echa de menos aquí de cuanto exalta con la imaginación el orgullo de los más altos personajes? Pues nada bastó á deslumbrar sus miradas, nada pudo herir la modestia de su corazón; gustaba de conocerse á sí misma, y tenía la elevación de alma suficiente para ver de cerca todas sus faltas; y para que tan excelentes prendas tuviesen toda la nobleza de que no son susceptibles las virtudes puramente humanas, vino la religión á comunicarles su carácter divino, á tiempo que Bossuet trazó una fiel historia de la sublime nada que resplandecía en toda la familia de la reina de

Inglaterra. Esto era ya mucho; pero no todo lo que formaba la brillante auréola de Enriqueta; era preciso que en las relaciones políticas de las dos más grandes monarquías desentendiera un genio que habría despertado la envidia de los mejores diplomáticos; que conciliara los intereses más exquisitos de ambas potencias, que marchase á la Inglaterra para volver de allí á sorprender á la Europa, reduciéndola á un *impotente silencio ó á una desesperación terrible*.

Inagotables á la verdad son los recursos que una vida tan célebre ministra á la elocuencia del panegirista; ¿pero no es igualmente cierto que para usar ventajosamente de ellos es menester dominarlos por la preponderancia de las fuerzas intelectuales? “Escoged siempre un asunto proporcionado á vuestras fuerzas, sopesad antes la carga que van á conducir vuestros hombros.” He aquí el sabio consejo que daba Horacio á los Pisones. “¿Y no es inmensa la que lleva sobre sí quien se encarga de exaltar la gloria para precipitarla después con el poder de la elocuencia? Es necesario describirla con un pincel eminente para que la pintura, levante á una altura superior el ardiente entusiasmo que nos causa la realidad; y hé aquí por qué nada se conoce tan difícil como la oración fúnebre de un personaje cubierto de gloria. Pero yo no necesito salir de Bossuet para confirmar esta observación con la autoridad más insigne y más respetable que puede concebirse. Oigamos á este inimitable pane-

girista pintando con toda la soberanía de su genio la dificultad que tiene la elocuencia para igualarse á la gloria del héroe. "Al momento en que abro mis labios para celebrar la gloria inmortal de Luis de Borbón, príncipe de Condé, me siento igualmente confundido por la grandeza del asunto, y si me es lícito confesarlo, por la inutilidad del trabajo. ¿Qué parte del mundo habitable no ha oído las victorias del príncipe de Condé y las maravillas de su vida? Por donde quiera las refieren: el francés que las encomia con jactancia, no enseña nada al extranjero; y aunque yo pueda ahora contaros una parte de ellas, prevenido siempre por vuestros pensamientos, tendré aún que responder al secreto reproche que me haréis de haber quedado muy abajo de vosotros. Nosotros, débiles oradores, nada podemos hacer por la gloria de las almas extraordinarias, solamente sus acciones pueden alabarlos, *y cualquiera otro elogio des- fallece cerca de los grandes nombres.*"

He aquí la causa de que Bossuet no haya tenido modelo ni tampoco imitaciones aproximadas; sus oraciones fúnebres sólo se parecen á sí mismas, y han quedado aún en una esfera mucho más alta que nuestra admiración.

En cinco páginas de su discurso refiere y pondera todas las bellas acciones que distinguieron á su heroína; y esta narración tan sucinta es al mismo tiempo la más completa que ha podido imagi-

narse. Su increíble rapidez nos hace sentir con la mayor fuerza la rapidez con que se disipa la magnificencia mundana: su pompa sencilla y elegante nos advierte que el historiador estaba muy habituado á las maneras de la corte y á despreciar la ostentación de los palacios: el movimiento que reina en toda ella nos hace ver que escuchamos, no sólo al historiador exacto, sino al orador eminente, á tiempo que refiere los acontecimientos más dignos de memoria por el íntimo enlace que tienen con la sociedad en que vive; y finalmente, esa filosofía incomparable con que juzga soberanamente de todo, nos hace admirar más que ninguna otra cosa el alma sublime de Bossuet.

San Salvador, marzo de 1894.

JUAN BERTIS.

CORAZON ENFERMO

A MI AMIGO ÍNTIMO EL INSPIRADO Y DISTINGUIDO POETA DON
DOROTEO FONSECA

Me dueles cuando suspiro,
corazón desventurado,
porque ya está saturado
el ambiente que respiro
con lágrimas; porque aspiro
de la amargura la esencia,
y es tan ruda la inclemencia
de tu incesante tormento,
que ya se extingue tu aliento
y se acaba tu existencia!

La tumba es tu porvenir,
lacerado corazón;
que la continua aflicción
al fin te hará sucumbir.

Ya no puedes resistir
 en este valle infecundo,
 y el dolor negro y profundo
 apagará tu latido,
 ¡corazón, que siempre has sido
 planta exótica en el mundo!

Fué tu infancia la amargura
 y tu juventud la pena;
 te aprisionó la cadena
 de una ciega desventura;
 padeciste la tortura
 del más hondo desencanto;
 desvalido en tu quebranto
 bebiste copas de hiel;
 y hoy, eres pobre bajel
 que flota en un mar de llanto!

Y en ese mar tempestuoso
 que el horrible azar agita,
 la congoja es infinita,
 el fragor es pavoroso.

El oleaje proceloso
 enfurecido rugiendo,
 va creciendo . . . ! va creciendo
 sin un instante de calma !;
 y las tormentas del alma
 tus arterias van rompiendo!

Y el alma que te da vida,
 que tienes encarcelada,
 que ha sido tan desgraciada
 y está de sufrir rendida,
 quiere emprender la partida
 buscando en otras regiones
 las dulces compensaciones
 de tan agrio desconsuelo,
 y libre volar al cielo
 en donde no hay decepciones.

Mas, cuando intenta volar
 mira el grupo de sus hijas,
 y entre congojas prolijas
 no las quiere abandonar.

Si la hostigan sin cesar

del destino los rigores,
 pueden tanto sus amores,
 que, aunque abatida se queje,
 le pide á Dios que la deje
 en el valle de dolores!

Perpetuamente fluctuando
 entre sufrir ó morir,
 el instante de partir
 del mundo, se va acercando. . . .

Tus fibras fué destrozando
 sin piedad la negra suerte:
 y pronto estarás inerte
 ¡infeliz corazón mío!;
 porque ya sientes el frío
 de los besos de la muerte!!!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.
 Guatemala: 1894.

INVIERNO. *

El triste, el crudo invierno decís?
 Vaya! Triste para los pobres
 viejos cuyos miembros entumeci-
 dos piden el sol. Para mí tam-
 bién, que veo en la niebla la ima-
 gen de lo que llevo aquí dentro.
 Triste, sí, para vosotros los que
 escondéis en el corazón el cadáver
 del pajarito ensueño.

El hondo cielo azul en que no
 se halla la más pequeña nube; el
 aire cálido que hace vibrar los
 nervios y puebla la mente de vi-
 siones; el espléndido sol á cuya
 ardorosa caricia se abren las flo-
 res, y las yemas revientan, y la
 sangre palpita, y brota de las se-
 deñas gargantas la armonía, y se
 enciende en todos los pechos la
 llama del amor! La vida desbor-

* Invierno se llama en Centro-América
 la estación de las lluvias.

dándose en la naturaleza; los sueños, desbordándose en el alma...

Ah! pobres viejos: todo eso ha pasado para no volver nunca....

*
**

El triste, el crudo invierno? Preguntad á los niños, á ver si hacen caso del beso helado de la brisa ni de los alfilerazos de la llovizna ni de la monotonía de la niebla.

El buen anciano gasta con ellos muchos cumplimientos. Gracias á él abundan las ocasiones de no ir á la escuela.

—No vine, señor, porque estaba lloviendo.

Y si supiera el maestro, que á esa hora, precisamente cuando la lluvia caía á mares, andaba el arrapiezo, desnudo y sin zapatos, haciendo cabriolas en el patio de la casa! Estaba lloviendo; cómo había de ir?

—Mamá, me voy á la escuela.

—Hijito! así con esta lluvia!

—Pero mamá! y si me castigan?

Y se va el muchacho, y la madre se queda haciendo lástimas de su hijo que, por no faltar, se expone á la lluvia y al lodo y al frío.

No tenga usted pena, señora: si el día estuviera cálido y luminoso, sí sería digno de lástima, porque.....

Ahora no. Se mojará mucho, es cierto: irá en medio de la corriente, chapoteando, es verdad; quizá se llene de lodo hasta las orejas; pero ¿qué quiere usted? es invierno, y por otra parte, todo eso está perfectamente *previsto*. Además, *se sabe* ¿entiende usted? *se sabe* positivamente que el *maestro* tiene un catarro de mil diablos, y por consiguiente.....

Si usted desea saber lo demás, lléguese al corredor de la escuela, y mire aquella pandilla de diablitos mojados hasta los huesos, saltando por sobre la acequia, construyendo diques, zangoloteando la cabeza para no sentir tanto frío en la boca repleta de granizos; cubriendo la corriente con numerosa escuadra de buquecitos.

Ah! cuando usted vuelva á casa, tenga cuidado de hojear el silabario y los cuadernos de escritura, á ver si averiguamos de dónde han salido los materiales con que se fabricaron aquellos gentiles barquichuelos que usted admiró, balanceándose sobre la corriente.

Cuidado con ir á castigar al niño, ¿estamos? No es tan caro el papel para que el pobrecito se prive de botar al agua cada día, una docena, nada más que una docena de barcos. Cuando se acaben los cuadernos, ya veremos de donde sacamos material. Es muy fácil: no hay más que coger un pedazo de calabaza bien seca, ovalarlo con el cortaplumas y abrirle tres oyitos en la línea central. Ahora, de carrizo, de caña brava, de cualquier cosa, se labran tres palitos que serán los mástiles, y en cada uno de ellos se amarra una banderilla azul ó roja. Y ahí tiene usted un buque insubmersible, capaz de echar á pique á toda la marina británica.

Si yo fuera usted, señora, premiaría á ese pequeño marino con tal diluvio de besos, que quizá le sacaría sangre.

Que se moja, que se enloda, que echa á perder los zapatos? Déjele usted: está en su derecho.

Y no me venga á mí con historias, que bien me acuerdo de cuando andaba usted, descalza y con un simple camisón, pasando revista á todos los charcos de la calle.

Mañana ¡oh Dios mío! mañana el niño será hombre, y sufrirá dolores infinitos, y será víctima de la traición y del engaño, y tendrá el corazón lacerado, y el alma sin fe, y no hallará más placer que el que le traigan los recuerdos de su niñez ¡ah! cuando él hacía barquichuelos y recogía granizos y atravesaba las crecientes con sus piescitos desnudos.....

* * *

La lluvia ha cesado. Brillan las hojas como si estuvieran cuajadas de diminutos diamantes. El verde colibrí, semejante á una esmeralda que vuela, va de mata en mata, buscando las flores preñadas de néctar. En los sotos se oye el rro, rro de los conejos que cortan la grama húmeda y fresca. Entre los matorrales se ven pasar á la carrera las ariscas perdices que lanzan á intervalos su ronco y gemebundo silbido. En el espeso bosque el pito-real deja oír su sonante y límpido grito que contrasta con la plañidera voz de la alondra, mientras que las bandadas de tucanos hienden el aire con sus alas de fuego, y los clarineros entonan sus vibrantes dianas, y los torditos de ojos encendidos celebran danzando la fiesta del amor.

También los niños toman parte en ese concierto de luz y de armonía. Se van al campó. De los torcidos vástagos del *chupachupa*, preparan los arcos. Ahí

cerca están los espesos cañaverales, ofreciendo para las flechas sus varas tersas y lucientes que terminan en penachos de plata.

Listas las armas, á cazar, á correr por la campiña, á dar volteretas sobre la esmeraldina alfombra de grama, á buscar las colmenas en los carcomidos troncos.....

* * *

Ya veis como el invierno no es triste.

De la niebla, y del frío y del granizo, de todas sus inclemencias, saca el buen viejo placeres para sus queridos chiquitines.

Ay! para vosotros, pobres viejos que lleváis la nieve en la cabeza; para mí que la llevo en el corazón, todo eso ha pasado para no volver nunca!.....

A. MASFERRER.

Junio de 1894.

FLOREAL

Temblando todavía de amor en la mañana
despierta de su sueño la espléndida Cibele,
y por el manto regio de mágica Sultana
arroja de sus hombros las deslumbrantes pieles.

Ya las nudosas ramas revientan en renuevos
y vibra por los aires el fecundante polen.
La tórtola amorosa calienta ya sus huevos;
que no hay granizo y nieve que el casto nido violen.

La luz es una diosa triunfal que loca y fatua
derrocha sus colores con su pincel de artista:
Ya brilla el limpio mármol de la desnuda estatua
y el verde con mil tonos su imperio reconquista.

La rumorosa fuente de los reflejos glaucos
del antro de los gnomos semeja rica arteria,
á sus orillas crecen anémonas y saucos
y vive en sus cristales la amante valisneria.

Entre la verde grama titilan margaritas
que esmaltan de oro y grana sus pétalos y estambre;
á consultar su oráculo en amorosas citas
vinieron los amantes en misterioso enjambre.

La drúidica hoz de oro la esgrimen manos lindas
de ninfa voluptuosa que en la vendimia es ágil.
La viña brota sangre. Ya al peso de las guindas
la rama se doblega si no se quiebra frágil.

Y la preciosa virgen que sueña con amores
por el florido campo va en busca de violetas.
Su pie desnudo y breve no pisa sino flores
y cántale baladas los pájaros poetas.

De Venus ya las curvas bajo el humilde traje
con tentadora gracia de lejos se vislumbran.
Palpitan dos palomas tras el nevado encaje
y sus ardientes ojos son soles que deslumbran.

El aureo néctar roba su boca á una naranja
del árbol perfumado bajo la grata sombra.
Cáidos azahares, que forman como franja
de blanco terciopelo le brindan muelle alfombra.

Y en su embriaguez se entrega desesperada y loca
al rubio dios hermoso que en el acecho espera;
sensual palpita el labio de la divina boca
que en éxtasis murmura: — ¡ Bendita primavera! —

ERNESTO O. PALACIO.

Febrero: 1894.

RECUERDOS DE A.....

¡Salve oh mar! Ya estamos
en tus hermosas playas. Aquí,
donde el espíritu se conturba y
siente á veces expansiones de go-
zo indefinible y á veces toques
sombrios de estupor terrífico; don-
de la mente soñadora se pierde, á
intervalos, en vaguedades de su-
premo deleite, ó se hunde en el
espacio sin límites del abismo. . . .
Aquí, donde el corazón ardiente
palpita, sin cesar, por ALGO que
ama con vehemencia, ó excitado
por ALGO aterrador.

La mirada se inquieta pronto.

El estruendo incesante de las
olas que chocan y revientan, la
atraen para espaciarla después
por el ancho y verde piélagos que

á lo lejos parece confundirse con
la concavidad inmensa del firma-
mento.

Al frente, el coloso de las aguas;
atrás, el vasto campo con sus gi-
gantescas elevaciones y sus mil
encantos que pasman al observa-
dor de admiración.

Por una parte el monstruo que
arroja espuma de rabia; por otra,
la colosal cima volcánica que de-
safía al mismo cielo con sus for-
midables lenguas de fuego.

Estamos en medio de los dos
vestiglos.

Nos desespera el estruendo en-
sordecador que produce, en su
agitación continua, el fantasma
erizado; y nos llena de espanto
el trueno que estalla en las entra-
ñas del titán ígneo que vomita có-
lera del infierno.

Por donde quiera hay algo ex-
traordinario, grandioso, que nos
lleva al éxtasis profundo.

Dos figuras inanimadas, pero
de talla incomparable, el Océano
y la Montaña inaccesible, que con
sus enormes sacudidas conmueve
el globo, se desafían cara á cara.

Ya se espera con desatino el
grito horripilante con que ha de
romperse la lucha atlética que
pondrá al mundo en conflicto ano-
nadador.

Nadie sabe cuál de ellas lo da-
rá primero. La savia que da vi-
da se congela, y el delirio fatal
en que cae la imaginación, nos
acerca al borde de la tumba fría..

. . . . Se siente, por momentos, el
hálito venenoso de la muerte. . .

.....
Pero la hora tarda; tal vez ya
no llegue. Sentimos de impro-
viso una reacción que se opera

con lentitud. Es preciso cobrar aliento y tener fe.

Contemplamos de nuevo las imponentes figuras que nos han mantenido en profundo estupor, y levantamos, en seguida, los ojos al cielo para vislumbrar al través del infinito azul la imagen augusta de Dios que es amor, esperanza, fe, luz, luz redentora cuyos rayos divinos, al penetrar en el espíritu humano, despiertan en él el amor que es la suprema armonía de las cosas; fe sublime que es antorcha celeste cuyos eternos resplandores, cuando brillan en la conciencia del hombre, lo salvan del precipicio sin fondo á donde se derrumban los miserables que, por su execrable debilidad, se han dejado envolver por el ala siniestra del negro y absoluto escepticismo; esperanza bendita que es fuente inextinguible, de aguas cristalinas, que alimenta el alma comunicándole aliento poderoso para luchar con energía en pos del porvenir y de la gloria.

Ya estamos en calma. Nuestro pensamiento obra sólo para rendir culto sagrado á las impresiones deleitosas que experimenta el alma en momentos rápidos de ventura, cuando el velo obscuro de lo tempestuoso y sombrío se ha corrido dejando á la vista el cuadro magnífico de la naturaleza.

* * *

El astro-rey ha desaparecido á nuestra vista, y la diosa encantadora de la noche, entre su espléndido cortejo de estrellas, aparece hacia el Oriente, se eleva majes-

tuosa é ilumina, con su viva y apacible luz, el vasto horizonte que nos cubre.

A lo lejos, el ruido del viento que azota en el bosque forma una especie de coro perenne y extraño, de acento monótono y salvaje que apenas se oye cuando no se pierde apagado por el choque retumbante de las olas enfurecidas.

La superficie del Océano que hace una hora veíamos azul, se ha tornado en superficie de plata. El viento impetuoso se ha convertido en aura; y el oleaje embravecido parece aplacar su eterna ira por breves instantes.

Todo, de improviso, se ofrece á nosotros bajo tintes diferentes como si se realizara un ensueño en medio de una meditación profunda.

El placer como el dolor tienen momentos de centelleo deslumbrantes que confunden el alma; y en estos momentos las supremas emociones se convierten en corrientes tempestuosas de delirio febril si la inquietud que pasma de asombro da la invisible mano á la embriaguez que produce el goce anhelado.

¿Quién explica esa mezcla fatal de lo que infunde pánico al espíritu con lo que despierta en él la alegría infinita de una ilusión que se realiza?

¿Cómo es posible que el alma resista á la vez la influencia abrumadora de lo sombrío y de lo sublime?

Parece mentira lo que es una realidad. Algunas veces se encuentra uno en la raya misteriosa que separa la luz de las tinieblas;

vuelve la mirada atrás y se hunde en el vacío obscuro, tiembla y siente convulsiones que desvanecen y precipitan al fondo impenetrable; pero una fuerza poderosa, oculta, obra espontánea y atrae de repente la mirada hacia la claridad que devuelve la vida y con ella el bello enjambre de ilusiones que la endulzan y hacen amarla con locura.

Hemos avanzado ya un paso . . .
 . . . y otro paso . . . hacia la luz . . .
 y nos preocupa casi nada la sombra

* * *

La dicha es una deidad que nos halaga un momento, no más, cuando nos envuelve con su puro y resplandeciente manto; pero en seguida nos deja, otra vez, en la raya lúgubre.

¿Por qué nos abandona tan presto? Yo recuerdo con secreta alegría aquellas horas felices en que se ostentaba sobre nuestras frentes un cielo despejado y azul, y una brisa saturada de perfumes silvestres besaba nuestras mejillas, y un rayo vivo de la Luna hería nuestras pupilas excitando nuestras mentes á la contemplación de lo que nos grita al alma con voz prepotente, de acento divino, ¡amor! . . . ¡amor!

¿Y después? Todo pasó como pasan los sueños, como pasan los deslumbramientos del éter encendido, fugaces; dejando sólo el recuerdo que se graba con caracteres imborrables en la imaginación que ama lo bello, lo que habla al espíritu con lenguaje silencioso, pero dulce, con esa dulzura embriagante de las notas mu-

sicales; armonioso, con esa armonía excelsa del ritmo.

En la vida del hombre, como en la vida de los pueblos, hay momentos bien marcados, que ya por una impresión agradable como por una dolorosa contrariedad, se vuelven fechas inmortales que el hombre recuerda á cada paso con agrado ó con pesar, así como los pueblos; y estos hechos sirven al uno, como á los otros, de punto de partida para dirigir las miradas hacia el porvenir.

¡Oh días venturosos que me hicisteis gozar la dicha, y sentir realidades que había vislumbrado en medio de mis delirios juveniles.

¿Alcanzaré la victoria?

En la lucha, la esperanza es mi escudo; la fe, mi Dios!

ALONSO REYES G.

San Salvador, febrero 10 de 1894.

Su último adios

Á ARTURO A. AMBROGI

“Creyendo hallar para mi mal consuelo,
 Abro de nuevo la profunda herida,
 Con estas líneas, que escribir anhelo
 Con las últimas gotas de mi vida!

“Cesó la lucha, el interior combate
 Que trabaron espíritu y materia;
 El mal de la existencia no me abate,
 Desprecio ya la terrenal miseria!

“Si amante te encontraras á mi lado,
 Tal vez vencieras la contraria suerte;
 No me espantaran el sepulcro helado,
 Ni las ansias supremas de la muerte!

“Cuando la fiebre del dolor me abruma,
 Me siento transportada á otro planeta,

En donde escucho entre la densa bruma:
Tus cantos inmortales de poeta!

“Es que sin duda, las etéreas salas
Traspasan de tu genio los cantares;
Tal vez tu inspiración les da las alas
Con que cruzan los mundos estelares!

“A veces pienso en mi delirio insano,
Que los que tienen apolíneas palmas,
Sin dejar lo terreno ni lo humano,
Pueden cruzar el mundo de las almas!

“Necesito soñar, que eternamente
A tu lado estaré, como una loca:
Admirando los lauros de tu frente,
Aspirando los besos de tu boca!

“Cual premio de lo mucho que he sufrido
Al cruzar esta vida transitoria,
Sólo un recuerdo para mí te pido,
Cuando encuentres mi nombre en tu memoria!

“Siento en el pecho el corazón ya frío;
Y al dejar estas miserables regiones,
Te mando envuelto el pensamiento mío
Con el llanto que moja estos renglones!”

ÁLVARO LLONA.

Guayaquil, 1894.

A MI QUERIDA MUNDITA ZÚNIGA.

EN LA PRIMERA PÁGINA DE SU ALBUM.

Hace ya algunos años que tu
nombre me es conocido.....

Recuerdo que allá en mi pue-
blecito, en una tarde hermosísi-
ma, de esas tardes rosadas y lu-
minosas, en que hay en el cielo
nubecillas de todos colores y en
el ambiente perfumes embriagan-
tes y delicados, me encontraba yo
sentada frente á uno de los bal-
cones de mi casa; sin saber por
qué, me sentía triste; habíase
cansado mi fantasía de vagar por
mundos ideales: entonces, leván-

tándome y tomando un album de
retratos, me puse á hojearlo con
la idea de distraerme: volví las
primeras hojas sin hallar nada que
pudiera impresionarme; de pron-
to me detuve, y mis ojos se fija-
ron en un precioso retrato: era el
de una jovencita, casi una niña,
graciosa, sonriente y esbelta; mu-
cho me llamó la atención su acti-
tud resuelta y elegante: en sus
negros y soñadores ojos se adivi-
naba el talento, y en la dulce son-
risa que animaba su rostro, la bon-
dad de su carácter..... Recordé
..... Sí; aquella eras tú; era tu
retrato, valioso obsequio que tu
madre hizo á la mía..... Vino á
mi memoria el pensamiento de
que estabas lejos, muy lejos de tus
padres, quienes te habían sepa-
rado de sí con el objeto de bus-
carte el pan del alma: la instruc-
ción. Con tu ausencia el hogar
quedó solitario y triste; tu cariño-
sa madre con el alma y el corazón
vacíos, y deshecha en llanto al
verse separada de su hija tan que-
rida.....

Aquel cuadro era muy triste...
Estabas lejos de los tuyos, en tie-
rra extranjera, sin recibir el calor
del hogar, el calor del amor ma-
terno, el más puro y santo de to-
dos los amores.....

Cerré el album.....

La blanca luna iluminando el
espacio, había desterrado los úl-
timos celajes de oro y rosa, como
la despiadada realidad destierra
las doradas ilusiones y las rosa-
das esperanzas de la vida.... So-
lamente las estrellas permanecían
fijas, como claros diamantes, ta-
chonando la bóveda del cielo....
Seguía pensando en ti, y tan pre-

sente estabas en mi pensamiento, tan fija en mi imaginación, que mirando aquella infinidad de constelaciones, nadando en la inmensidad del espacio, te veía siempre, en medio de ellas, como un ángel de la tierra trasportado á aquellos mundos. Después, te miraba en tu colegio con tu risa juvenil, tu limpio traje de colegiala, rodeada de tus amigas y entretenida con infantiles juegos. Una viva simpatía me arrastraba hacia ti, y tuve ardientes deseos de hallarme donde estabas.

Los años trascurrieron; y hoy, por casualidad felicísima, me encuentro contigo en tu ciudad natal: ya no eres la traviesa colegiala de antes, sino una elegante señorita; simpática, como hay pocas; hermosa, de talle esbelto, de contornos que, por lo bellos, parecen ideales; inteligente, ilustrada; con el sprit de la francesa y la graciosa naturalidad de la hondureña.

Ahora, el hogar está alegre, iluminado con tu presencia; tus padres, satisfechos, te contemplan con orgullo, viendo que eres joya preciosa por tu ilustración y virtudes; y tu patria se gloria de tenerte ya en sus lares

Querida y dichosa amiga mía: yo quisiera tener la sublime inspiración de Homero y de Virgilio, la mágica pluma del inmortal Víctor Hugo, ó la sentimental ternura del poeta Lamartine, para poder dejar en tu precioso álbum un pensamiento nuevo, un recuerdo dulce, un algo digno de ti, que hiciera que me recordaras con ca-

riño tan tierno y tan profundo como el que te profesa tu amiga,

LUCILA GAMERO MONCADA.

Tegucigalpa, diciembre 12 de 1893.

A MI QUERIDA LUISITA A. BERNHARD

EN LA PRIMERA PAGINA DE SU ALBUM.

En mis manos está, querida amiga mía, tu precioso libro de blancas hojas y cantos dorados . . .
¿Qué deseas?

Sabes que nada tengo, digno de ti, que poder ofrendarte; que soy nada más que una pobre soñadora en busca de lo ideal: que en vano es que pretenda rendirte el homenaje que mereces. En cambio, tú, tienes todo lo hermoso que aquí hay: un cielo muy azul, una brisa tibia y susurrante, un campo fresco y agradable, y unas flores muy perfumadas, aunque entre todas ellas, como la primera, estás tú, mi querida Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rhin.

En el bosque hay pájaros, trinos, flores, luz. . . . Pájaros, pero no tan bellos como tú; trinos, pero no tan dulces como los tuyos; flores, pero no tan perfumadas como tú; luz, pero luz pálida, no tan brillante como la que irradian tus negros y hermosos ojos, mi encantadora Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rhin.

Pero aunque nada espléndido pueda tributarte con mis afecio-

nes, algo hay para ti dentro de mi cerebro que aletea y surge con la magia de un hechizo: tengo, sin bosquejar, sencillas, pero sentidas historias de vírgenes morenas y de donceles rubios que les consagran su alma al són dulcísimo de sus arpas eólicas; leyendas de niñas lánguidas y anémicas que en sus semblantes y en sus ojos revelan recónditos pesares de ilusiones desvanecidas al soplo frío del desencanto; fantasías orientales, azucenas de nieve, lirios de cristal, magnolias de plata, violetas perfumadas con lágrimas de ángeles, mariposas hechas de rayos de sol; y, sobre todo, cariño, mucho y verdadero cariño por ti, Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rhin.

Oyome, amiga mía.... ¿Te gustan las violetas, las azucenas y las simpáticas tanto como á mí?... A mí me gustan, porque son modestas, puras y simpáticas como tú.... Lástima que no tenga de esas flores para obsequiártelas!.... Pero tengo otra, otra flor nacida en mi corazón: la amistad, la amistad dulce, sincera, eterna.... ¿Quiéres aceptarla, mi querida Luisita, bella como una virgen misteriosa y pálida, imaginada por un soñador del Rhin?

LUCILA GAMERO MONCADA.

Tegucigalpa, marzo de 1893.

LA SERENATA DE SCHÜBERT.

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,

Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así, hablara mi alma.... si pudiera!
Así, dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida: — ¡Déjame ser bueno! —
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta....
¿No la oís como dice: “hasta mañana”?

“¡Hasta mañana, amor!” el bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: “hasta mañana, beso!”

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice: “¡hasta mañana!”
El corazón responde: “quién lo sabe?”

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y trasparente,
Como la Ofelia náufraga y doliente,
Va flotando la tierna serenata!....

Hay ternura y dolor en ese canto
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto
Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan....
Sueños amantes que piedad imploran
Y como niños huérfanos, se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte....
Que la dicha es de ayer, ... y que “mañana”
Es el dolor, la oscuridad, la muerte.

El alma se compunge y se estremece
Al oír esas notas sollozadas....
¡Sentimos, recordamos y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

¡Un peinador muy blanco y un piano!
 Noche de luna y de silencio afuera....
 Un volumen de versos en mi mano
 Y en el aire y en todo primavera!

¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!
 ¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
 Y la muerte, la pálida, qué léjos!

En torno al velador, niños jugando....
 La anciana, que en silencio nos veía,
 Schubert en tu piano sollozando,
 Y en mi libro Musset con su "Lucía".

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
 ¡cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
 En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
 Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
 ¿En dónde está la rubia soñadora?
Hay muchas aves muertas en el nido,
 Y vierte muchas lágrimas la aurora!

...Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
 Todo ha pasado ahora.... ¡y no lo creo!
 ¡Todo está silencioso, todo triste....
 Y todo alegre, como entonces, veo!

....Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!
 Ese, el sillón en que bordar solía....
 La reja verde.... y la apacible estrella
 Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
 Que allí domina la calleja oscura,
 Por la primera vez y palpitante
 Estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
 La casa blanca y el follaje espeso!
 El lago azul.... el huerto.... la arboleda,
 Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
 Y me parece oírte entre las flores,
 Cuando la arena del jardín rozaba
 El percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el piano....
 Cerraste, virgencita, la ventana....
 Y oprimiendo tu mano con mi mano,
 Me dijiste también "¡hasta mañana!"

Hasta mañana.... Y el amor risueño,
 No pudo en tu camino detenerse!....

Y lo que tú pensaste que era el sueño,
 Fue sueño, pero inmenso! el de la muerte!

¡Ya nunca volverás, noche de plata!
 Ni unirán en mi alma su armonía,
 Schubert, con su doliente "serenata"
 Y el pálido Musset con su "Lucía".

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL BARDO DEL BOSQUE.

A ARIEL.

En verdad que el progreso material á que hemos llegado en el presente siglo ha venido á cegar las fuentes de poesía donde muchos ingenios peregrinos bebieron su inspiración. Mejor dicho: una nueva poesía ha sustituido á aquélla que nacía del murmullo del blando arroyuelo, de los paisajes apacibles del campo, de las dulzuras del hogar, del sagrado recogimiento del culto religioso.

Donde se escuchaba grato rumor del manantial, se alza la maquinaria que se aprovecha de la fuerza hidráulica de la onda cristalina.

Si viajamos, la locomotora con su rapidez vertiginosa, nos impide gozar contemplando los bellos paisajes de la pradera, y al dirigir nuestra mirada al mar, ya no veremos la nave multicolor invitándonos á la molicie con el movimiento acompasado de sus remos y con sus velas tenues hinchadas por el viento, sino el vapor, semejando un enorme trozo de carbón flotante comenzando á incendiarse, monstruo al que no detiene la furia de las olas.

A la fiesta sencilla donde presidía la franqueza, ha sucedido el

festín donde reina la más refinada etiqueta.

Hé aquí por lo que los amantes de la verdadera poesía, abandonan las ciudades que caen bajo el dominio de la industria y del amaneramiento social, y, lira al hombro, se internan en el bosque para dar expansión á los arranques del alma, para gozar con los efluvios de la naturaleza salvaje.

* *

Había en la ciudad de Cocubrales un bardo joven que era el ídolo de sus sencillos moradores; todas las sonrisas femeniles eran para él; hombres, mujeres y niños escuchaban atentos la palabra dulce de aquel hijo de Apolo, más llegó el día en que Cocubrales fuera visitado por esas plagas más terribles que las de Egipto: el vapor y la electricidad, y desde entonces comenzaron los sufrimientos de nuestro bardo.

Al principio, las cándidas doncellas dejaban súbitamente de escuchar los versos con que embargaba sus oídos delicados al oír el silbido de la locomotora, para ir á presenciar la llegada de los viajeros; y más tarde olvidaron al galán trovador por el gallardo extranjero que visitaba la población. Aquello era un sacrilegio.

En las fiestas, en las que en otros tiempos se amenizaban las veladas recitando cuentos fantásticos y versos *con motivo* de plantas cómo "A una palmera" "A una ceiba", etc, hubo quien exigiera á nuestro poeta (la personalidad más culminante del lugar), que improvisara algún ver-

so en loor del ferro-carril, del comercio, de la luz eléctrica. Aquello era insoportable.

Los extranjeros recién afeitados lo invitaban á los banquetes y pugnaban por convertirlo en *poeta oficial*. Aquello era atroz.

Era imposible vivir entre aquella sociedad.

"¡Que!, decía Agutis (el poeta), creerán estos mequetrefes que he de gastar en corbata y en afeitarme á la *bross* y en cosméticos y en casimires y en transformarme en *percha* de dijés como lo son ellos, sólo por asistir á sus festines insípidos á perder mi libertad en el hablar, en el comer, en el vestir; y *sacar la tarea* bailando el monótono vals, la risible mazurka y el ridículo *shotis* con una muñeca que me pida con gestos detestables una lisonja por cada movimiento estudiado, un verso por cada mirada enigmática, y que me dé en premio de tanto martirio, una flor marchita? No! no he de perder con mi sueño, mi salud tan preciada en cambio de tanta frivolidad, ni he de atormentar mi memoria aprendiéndome *el lenguaje de las flores*.

Yo, amante de la poesía, cantar al vapor que la destruye! ¡Nunca!

Buscaré otro lugar que me brinde todos los encantos de que he gozado en Cocubrales".

Y diciendo y haciendo, se fue á habitar á los bosques de Tecuma, donde compone *galeras* epigramáticas, sin dejar sus inveteradas costumbres de tenorio rústico y lanzando dicitos contra la

poesía *refinada*, como él llama á
la que cultiva el mundo elegante.

I. ZELAYA.

Guatemala, abril de 1894.

LA LUNA.

Á MI ESPOSA.

Ya del Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el iris vaporoso
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre,
Y en argentinas gasas se despliega
De la nevada sierra por la cumbre,
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas.

Ó al pie del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense, á tu luz, las fuentes y los rios,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas

A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del cáos, por el mundo errantes,
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro á la áspera pendiente,
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
Ó con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,
Y alumbra al pie de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el Desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita. . . .

Se acerca el centinela de la Muerte:
¡Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma,
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando activa su mortal sudario,
Del infnito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,
Y desde allí contempla arrebatada
El pliélagos de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!

El que vistió de nieve la alta sierra.
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los y cielos los mares,

Eché también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo,
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara,
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLON.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Así se llama la joven escritora que tantas simpatías ha despertado en mi alma. Hace dos años que tuve la dicha de conocerla, de admirar su hermosura, su talento, la nobleza de su carácter y, sobre todo, la pureza de su espíritu elevado. Desde entonces, Lucila, la bella y delicada hija de El Paraíso, ocupa en mis re-

cuertos un lugar muy distinguido. Desde entonces, cuando miro algo grande, cuando siento algo bueno, pienso en ella, y su graciosa imagen viene á mi memoria bajo una auréola de luz y de poesía.

Yo he visto á Lucila en su blanco y pintoresco pueblo, rodeada de amor y estimación, siendo el orgullo de sus padres, la compañera de sus hermanos, la predilecta en todos sus afectos; yo he comprendido toda la ternura de su alma ardiente, toda la poesía de su imaginación; y la he visto, en fin, tal como es, tal como debía ser: tierna, soñadora, espiritual. Pero ¡ah! que á pesar de tanto tan bello y tan bueno, me ha parecido que no es dichosa, porque también he creído ver una sombra en su hermosa frente, y en su mirada el vago reflejo de la melancolía.

Ojalá me haya equivocado! Ojalá que al leer estas líneas, al pensar que estoy en un error, la sonrisa de la felicidad ilumine su rostro, aumentando el brillo de sus ojos y encendiendo el carmín de sus labios!

Ojalá que, con el alma llena de esperanzas seductoras, continúe escribiendo y proporcionándonos horas deliciosas con sus notables producciones!

La última que yo he visto, la más interesante quizá, por su verdad y sencillez, es la "Historia de un amor." Cómo agrada y conmueve su lectura! Qué profunda impresión deja en el alma!

Yo conocía esa historia, y conocí también, hace mucho tiempo, á Gabriela Cordero. Qué bo-

nita era! Aun me parece verla, cariñosa y sonriente, con sus ojos garzos llenos de ternura, con su dulce carácter y su buen corazón. En el colegio, ella era, entre todas, la más bella y querida. ¿Y quién, entonces, al ver aquella criatura de diez años, tan linda y adorable, no hubiera creído que iba á ser feliz?

Gabriela cuando niña, era tan simpática é interesante, que sin haber causado después, y creo que á su pesar, la muerte del noble joven que la adoraba, merecía que Lucila, que es, sin duda, la primera escritora hondureña, la hiciera protagonista de una de sus mejores composiciones.

Yo, que á las dos las quiero y las admiro, deseo que Gabriela conserve siempre en el fondo de su alma, el recuerdo de un amor tan puro como infortunado: que Lucila procure sentirse dichosa, que ría, cante y sea feliz; que sea feliz ahora que puede serlo, ahora que al lado de sus padres, en su casa, en el pueblo en que nació, y en medio de flores, de libros, de músicas y armonías, se presenta á su fantasía, vestido de blanco y rosa, el más brillante y risueño porvenir; ahora que hay ilusiones en su mente y amor en su corazón. . . . que escriba mucho, mucho, y que se acuerde alguna vez de mi profunda simpatía.

Juticalpa. (Honduras).

RAFAELA TURCIOS C.

BIBLIOGRAFÍA.

Literatura de "El Heraldó."

La acreditada casa editora de José Joaquín Pérez ha publicado el segundo tomo de preciosos trabajos que se han insertado en "El Heraldó", bisemanario que sale á luz en la capital de Colombia. El volumen que tenemos á la vista es un precioso repertorio de trabajos escogidos de autores americanos y europeos y responde á la creciente necesidad de conocer, lo más que sea posible, el movimiento literario moderno. Ya no es dado en la época actual abstenerse del trato de las letras, y aun aquellos que se llaman especialistas, confiesan la utilidad que reporta á todas las clases el conocimiento de las letras, ya no sólo en lo relativo al mejoramiento del gusto sino también en lo que mira á las galas de la conversación, al estilo especial de la correspondencia epistolar y aun lo que es más necesario, para la elaboración de las obras científicas en que la natural aridez de los asuntos tratados aleja á muchos, que sacarían grandes provechos toda vez que pudieran dominar su atención por medio de un estilo en que se unieran la sencillez y la elegancia.

La incomunicación entre los pensadores hispano-americanos, es causa de que nos sean desconocidas muchas obras de indisputable mérito y de las cuales obtendríamos señaladas ventajas, adquiriendo nuevas ideas ó ratificándonos en nuestras anteriores

opiniones: Es muy rica nuestra literatura; y aunque no sea esta la ocasión de dilucidar el punto de si ella tiene los sellos propios de una individualidad y si ha de continuar bebiendo en los purísimos manantiales de la literatura ibera, sí debemos reconocer y enorgullecernos mucho de que varios sabios europeos tengan en alta estima, las fecundas labores de los sabios y literatos americanos.

Es en extremo reducida la circulación que tienen entre nosotros acreditadas publicaciones sudamericanas, y allá de tarde en tarde vienen en obsequio obras acabadas que urge que nuestra juventud las conozca y las admire. Admiramos y con justicia á Flaubert y Zola, á Merimée y á los Goncourt, leemos con mucho gusto los relatos de Dickens y las novelas de Ibsen y son nuestros autores favoritos Tolstoi y Tourgeneff; pero desgraciadamente conocemos poco de Justo Sierra é Ignacio Altamirano, de Caro y de Cuervo, de Héctor Varela y de Eugenio Hostos, y por referencia hablamos del General Mitre y de Vicuña Mackenna. Esto respecto de los mayores, porque de los literatos jóvenes ya se reproducen los trabajos incomparables de Gutiérrez Nájera y Urbina, de los hermanos León Gómez, de Arciniegas y Chocano, de Samper y de Flores.

El periódico, uno de los elementos más importantes de la vida moderna, debe llenar la misión importante de difundir los buenos conocimientos y de contribuir á que se afiancen las sanas

doctrinas, que sirven de base al sólido edificio de la sociedad. Por eso es que el periódico llena hoy su objeto de una manera cumplida y á él se acude no sólo por lo que tiene información política, sino que también se busca en él la última noticia, el grado de desarrollo que sostienen las industrias, los conocimientos científicos más avanzados y las últimas doctrinas en filosofía, en letras y en artes.

La colección á que se refiere esta ligera noticia bibliográfica contiene muy buenas poesías y preciosos artículos en prosa. Domina en ella el cuento delicado, que hoy forma la delicia de los amantes de las buenas letras y que se ha conquistado un escogido puesto entre los géneros literarios.

Felicitemos á la casa editora de tan precioso libro y deseamos continúe ofreciendo á sus abonados otros volúmenes de tan amena é interesante lectura, como el que hoy da motivo á las presentes líneas.

VÍCTOR JEREZ.

San Salvador.

NOTAS

RAFAEL NUÑEZ, POETA.

No pretendo estudiar á Rafael Nuñez como político. Para ello necesitaría escribir la historia contemporánea de Colombia, íntimamente ligada con la vida de este ilustre ciudadano. Pero es fuerza que confiese desde el principio mi admi-

ración por el pensador, por el hombre de estado, por el político.—tanto más cuanto que debo prescindir de esa faz del genio en el resto de estas notas.

Es indudable que la labor política de Rafael Núñez ha sido una labor paciente, de análisis y de observación; labor grandiosa que ha tenido siempre en actividad su bien organizado cerebro.

Conocedor profundo del corazón humano, con su espíritu observador, su poder de deducción; su clarividencia de lo porvenir; su exquisita sensibilidad, su vasta ilustración y su bien templado carácter ha podido efectuar en Colombia una reforma esencial cuyos benéficos resultados nos hablan con la abrumadora evidencia de los hechos.

Se ha discutido tanto sobre esa evolución política que me parece innecesario estudiar á fondo la cuestión, sobre todo cuando mis notas son y deben ser simplemente literarias. Pero creo indispensable poner los puntos sobre las íes antes de proseguir. Soy de los que creen que los hechos y las cosas se entrelazan con misterioso vínculo.

Desde que Rafael Núñez principió á figurar en la política del país, sus ideas y sus hechos no se han sujetado jamás al estrecho molde de una tradición ó de una fórmula matemática invariable.—Encarnó el ideal de su época.—No se atuvo á viejas creencias: buscó nuevas verdades.

Todos sabemos que una convención liberal se hizo infalible en 1863, declarando irreformable la constitución que saliera de su seno.

Todos sabemos cuán amargos frutos cosechó la República durante el régimen de aquella aciaga carta y frescos están en la memoria los recuerdos de la última

desastrosa guerra que terminó con el triunfo de la Regeneración.

Cuando Rafael Núñez desde los balcones del palacio de San Carlos dijo con voz solemne que la Constitución de 1863 había dejado de existir, no cometió traición, sino puso la primera piedra del orden sobre las ruinas de la República por tanto tiempo prostituida, demostrando un valor moral y un patriotismo raros en los tiempos á que habíamos llegado, impulsados inexorablemente por los acontecimientos.

Y si en vez de perseguir el hermoso ideal que hoy vemos realizado hubiera alimentado bastardas esperanzas, Rafael Núñez habría podido en aquel momento ser un apóstata en vez de un elegido. Dada la desmoralización del país, una dictadura pareció inevitable, pero surgió la luz. Tales fueron los acontecimientos y es esa la pretendida traición de Rafael Núñez á la bandera liberal. Como si los principios y las ideas de un estrecho círculo de ilusos fuera el obligado ídolo de los grandes.

Los hombres no son números; los acontecimientos no son cantidades y por lo mismo la política no puede estar sujeta á la rigidez de la fórmula matemática.

Rafael Núñez es idealista; pero sabe apreciar los hechos y las circunstancias y no se atiene sino á la experiencia. He tenido que hablar ligeramente de su labor política porque me admira esa dualidad grandiosa que hay en él: el político y el poeta.

Difícil se nos hace comprender cómo un cerebro enmarañado en las tremendas verdades de la política, puede desarrollar en sus células aladas y vaporosas estrofas que hablan al sentimiento y al

alma con misterio la delicadeza de las irradiaciones divinas. He tenido personal ocasión de apreciar esa portentosa dualidad. Más de una vez he recibido inapreciables lecciones de estética y de literatura de los labios del poeta, cuando las prensas de "El Porvenir" crujían, planteando difíciles problemas de política interior.

Rafael Núñez os habla con la misma facilidad y erudición, de los autores españoles, franceses, ingleses ó italianos, que de los asuntos políticos de Hispano-América ó de las Islas Británicas.

Sigue cuidadosamente la evolución política y la evolución literaria de todo el mundo civilizado.—Lee los diarios.—Sabe lo que pasa.—Compara situaciones.—Deduce resultados.

Cree profundamente en el poder de la prensa y por eso no vacila en ponerle un límite al desvergonzado charlatanismo. Sabe que existe un lazo invisible, pero real, entre la genial fisonomía de un pueblo y el desarrollo de su literatura, y por eso en sus luchas políticas siempre ha encauzado la corriente literaria. En la *Reforma Política* rechaza enérgicamente el naturalismo que degrada y en las columnas de *El Porvenir* ha aplaudido á Bourget, que fortifica.

Es lo cierto que quien ha consagrado su vida y sus talentos á la patria y á las letras merece bien de sus conciudadanos.

Su obra en ambos campos lo coloca muy por encima del profanador escalpelo de torpes practicantes.

En resumen, Rafael Núñez no ha sido político como Víctor Hugo. Algún crítico mordaz de la nueva escuela francesa ha dicho en algún folleto, que el rey de los poetas aparecía siempre en el escenario de la política como esos reyes de ópera

lentos de esplendor y magnificencia que atraviesan la escena sin pronunciar una palabra. Muy por encima de eso se encuentra Rafael Núñez, que si ha cosechado laureles con su poderosa lira ha sido al mismo tiempo el primer hombre público de América.

Creí necesarias estas líneas antes de emprender la tarea que me propongo.

Baste esto como *pórtico*—para copiar á Rubén Darío.

Abro el precioso tomo de las poesías de Rafael Núñez.

Recuerdo títulos y pasajes. Me concentro en mí mismo.

* * *

Pocos autores entre nosotros conocen tanto las literaturas extranjeras como Rafael Núñez.

Ha leído mucho y ha leído de todo. Pero no ha leído por leer. No ha leído bajo la presión del capricho alimentado por la ociosidad, sino para estudiar, para saber, para deducir.

Creo que en su juventud lo escudriñó todo, comparando todas las escuelas antes de formarse un sistema. Para él no debió de haber libro preconcebidamente malo. Debió de cansarse de todo, menos de comprender.

Conoció mucho el mundo y sondeó todos sus misterios antes de encerrarse en su gabinete. Cuando habla de psicología ó de estética, ó de sociología, no lo hace como quien únicamente ha estudiado mucho, sino también como quien ha vivido y sentido mucho más.

Todavía brillan sus ojos y palpita todo su sér cuando merced á su prodigiosa memoria—fiel fonógrafo lleno de misterios—nos repite las estrofas de Zorrilla que le impresionaron hace más de cuarenta años. Su sensibilidad es exquisita.

Lo bello le impresiona; lo sublime le, subyuga—pero siempre busca ansioso la verdad.

Deduzco de todo esto y del estudio de su obra que el escepticismo de Núñez está más bien en la mal estimada forma que en el poco comprendido fondo.

Los versos de su juventud son arrebatadores; fascinan; encantan. Son áforos griegas llenas de ambrosía; pero en el fondo hay un dejo amargo.

Y el vulgo ha tomado por cruel escepticismo lo que en realidad no es más que una de las premisas del silogismo.

Él mismo ha dicho, no recuerdo dónde, que el pedernal no produce la chispa sin el choque.

La fe no podía surgir espontánea de su seno. No puede exigírsele tanto á un corazón de veinticinco años.

Hay desfallecimientos necesarios; hay dudas inevitables; hay pruebas terribles en el camino de la vida que nos llevan á las ergástulas ó nos levantan á la esplendorosa cima. Núñez tuvo alas. Sacudió el polvo. Fue á bañarse en las irradiaciones del cielo.

Pretender, por otra parte, que un autor sea un bloque homogéneo de acero, que rechace el cincel y no admita las delicadezas de la línea, demuestra un absoluto desconocimiento del arte.

Pudiera creerse por el tono en que hablo, que no niego el hecho, sino que lo explico. No hay tal. Quiero atacar todos los puntos.

No encuentro en el *Que sais-je?*, por ejemplo, el desconsolador escepticismo que ha deseado encontrar la malevolencia, cuyo mal disimulado interés ha desvirtuado el aplauso insinuante.

El poeta habla ingenuamente—no quiere decir lo que cree, sino lo que sien-

te,—está ciego y habla de su ignorancia.

Habla de las antinomias que perciben nuestros sentidos.

El aloe es amargo y oloroso: el opio que á los miembros da reposo, también lleva el delirio al corazón.

Hay en ello profunda observación pero no hay blasfemia.

No sé por qué—y desearía que alguien me lo explicase—pero siempre recuerdo la parábola del sembrador cuando leo esta estrofa de corte clásico:

A la cizaña el trigo anda mezclado,
así unidos el riego y el arado
los hacen de la tierra producir;
y, cuando la estación propicia llega,
juntos y á un tiempo el labrador los siega
su hoz al esgrimir.

Es imposible penetrar los misterios del genio. Hay estados psicológicos que escapan á nuestro limitado análisis. Es inútil buscar el hilo de Ariadna en semejantes laberintos.

El *Que sais-je?* es un grito del alma ansiosa de saber la verdad, es decir, el bien.

Esto es lo más que podemos vislumbrar. ¿Dónde estaría, pues, el escepticismo? ¿Será acaso en este valiente final?

¡Oh confusión! ¡Oh caos! ¡Quién pudiera
Del sol de la verdad la lumbre austera
Y pura en este limbo hacer brillar!

Anterior al *Que sais-je?* es *Todavía*. Estrofas de amor; dulces y apasionadas, que rebosan poesía y grandeza. ¡Cuántas veces no he oído recitar por labios queridos esos versos palpitantes que han inmortalizado una pasión.

¿Dónde está el escepticismo? me pregunto. Núñez en *Todavía* no es el poeta licencioso que se complace en pintar pasiones infames y culpables. Es el poeta cristiano y honrado, que arrastrado por la violencia de un amor imposible, lucha contra la corriente impura, y exclama:

¡Oh! nos amamos, sí; pero es preciso
Separarnos, que tras el paraíso

Un infierno se esconde: la expiación.

Es preciso alejarnos, nunca vernos,
que es inmenso el peligro de perdernos
si al deber no sucumbe la pasión.

Sin estudiar además sus recientes producciones, he buscado en vano el escepticismo de Núñez de que tanto han hablado los críticos y no he encontrado sino confesiones como estas:

¿Qué hay más sublime que de Dios la ciencia?

Así hay vidas que sólo en el Poniente
logran sentir en la tranquila mente
de lo infinito la visión veraz.

La fe surge después de ese idealismo
y en sus alas se cruza horrendo abismo
que el alma deja para siempre atrás.

Pero lo que más ha llamado mi atención y lo que más se presta á mi objeto es este fragmento:

Tal vez cuando nos alce hasta su seno
Dios, que todos sentimos,
Sabremos lo que somos aquí abajo.

En todo esto no veo sino un grande desprecio por nuestra limitada razón, que Núñez juzga débil, impotente para penetrar lo invisible.

Hoy creará sin duda lo mismo que creyó cuando escribió el *Que sais-je?* sin pecar de escéptico y sin blasfemar; que no sabemos la verdad de las cosas; que

vivimos como en un sueño, y que nuestra razón nos engaña á cada instante. Y yo veo en ello una gran lección: que las apariencias de la vida y los desequilibrios de nuestra razón nos conducen inevitablemente al escepticismo si nos falta la fe, es decir, la posesión de Dios. Ese es el problema que Núñez ha planteado.

* * *

Es imposible negar que Núñez es un pensador profundo, repito.

No es un rimador vulgar de amorosas endechas, sino un poeta verdadero soñador, de esos que se inspiran en la realidad de las cosas, no simplemente por lo que ellas son en sí, sino por sus relaciones con lo invisible, con el alma *mater* de la creación.

No se detiene en el camino para recoger lirios y claveles, ni para contemplar las libélulas doradas, ni los traviosos gnomos. Naevo Colón, ni se detiene ni desmaya, y, fija la mirada en el horizonte, tiene fe en la providencia, en la tierra prometida. Si sueña, sueña con lo inefable y su creadora fantasía modela en el bronce de su estrofa las percepciones del más allá presentido. Persigne un ideal. Hay un fanal que su mirada azul busca siempre en medio de las borrascas. Fanal á veces perdido en la tormenta, mas adivinado por él.

A veces he comparado ese algo misterioso que hay en su esencia con esa salvadora brújula que siempre busca el norte aunque las tempestades la desvíen.

Y si hubiera escepticismo en sus primeros cantos, sería porque la aguja magnética también sufre perturbaciones bajo la influencia de las auroras boreales allá en los eternos hielos del polo.

* * *

Admiro en Núñez una cualidad distintiva de los verdaderos poetas. Su estilo no es siempre correcto, uniforme y severo como las medallas antiguas. No pierde nunca su característica, su originalidad ingenua, pero tiene los artísticos caprichos del pincel.

Tus ruedas giran sin cesar; los nublitos del potente motor en espiral se alzan al cielo, negros ó cerúleos y ronco muge en tu contorno el mar.

Pero ¡ay de tí si tu misión no llenas; si en lugar de curarnos, envenenas del corazón el primitivo mal; si tu antorcha nos quema y no ilumina, si en vez de edificar tu mano arruina, si tala y no fecunda tu raudal!

Esto claramente prueba además que por mucho que digan que Núñez no cree en nada, sí cree en la santidad del deber y en la misión excelsa de la mujer virtuosa.

¿Puede darse más ternura que las de *Eros*? Esta poesía, empleando una feliz comparación del poeta, es el lago que apacible clama frente al proceloso mar del *Todavía*.

¡ Cuán dulce, cuán dulce la vida yo paso contigo!
¡ Cuán rápido el tiempo á tu lado se siente correr.
Oh! cómo el pasado, el presente y futuro yo olvido
Cercano á tu seno, que es puerta que lleva al Edén.

* * *

Delicadeza y novedad de pensamiento abundan en la obra de Núñez. ¿Queréis saborear una estrofa llena de delicadeza y de novedad?

Abrid el tomo y al azar encontraréis cualquiera como ésta:

Pídele á Dios—también yo se lo pido— que no agote en tu alma el sentimiento de lo bello que vive allí escondido,

como en la cuerda el melodioso acento y el perfume en rosas aún no florido.

Noche de luna es un paisaje que tiene vida y colorido. Un realismo idealista tan puro como el del *Idilio* se refleja en esa miniatura.

La luna se levanta
De la vecina cumbre
y el cielo se abrillanta
con su marmórea lumbre;
en su errabundo paso,
en su elocuencia muda
parece la viuda
del sol muerto en ocaso.

Bastará abrir el tomo de poesías de Núñez para convencerse de que aunque no se sujeta á fórmulas determinadas, ni á un purismo exagerado, conoce todos los secretos de la lengua y todos los caprichos del uso. Es muy conciso, por lo cual resulta á veces un poco brusco; pero huye del ripio y de la hojarasca. No hay en él esas imperfecciones chocantes de algunos grandes escritores. Hay sinuosidades, es verdad; pero acaso buscadas por él mismo, profundo conocedor del arte, y conocedor de la impotencia de la recta inflexible. Piensa mucho, reflexiona más, y no puede exigírsele que se preocupe demasiado de las formas.

Creo que ha manejado todos los metros con facilidad, y ahora mismo cuando los neo-románticos ultra-exagerados proclaman su decadencia, hemos admirado sus últimas producciones que bastarían para formar su reputación literaria si ella no fuera ya continental.

En resumen, Rafael Núñez es el primero de nuestros poetas, y su obra, indebidamente apreciada por la influencia de la política que todo lo corroe, será considerada más tarde como el más precioso

florón de nuestra corona literaria. Las generaciones futuras leerán los versos de Núñez comprendiéndolos y estimándolos, tanto más cuanto que el odio habrá muerto en los corazones.

Mucho más serio y pensador que Campoamor; más brillante que Núñez de Arce; más conciso que todos los poetas modernos, sin el deslumbrador clasicismo de Caro y sin el *laissez aller* seductor de Rafael Pombo, pero acaso más inspirado y más artista que cualquiera de los dos, Rafael Núñez con sus imperfecciones y todo es uno de los primeros poetas de la época.

* * *

Los que no conocéis personalmente á Rafael Núñez no tenéis derecho á lanzar la primera piedra.

Después de tantas luchas y fatigado un poco por la ruda labor, vive humildemente, si se quiere, en su sencilla quinta en el Cabrero.

Trabaja mucho. No cesa de estudiar los grandes problemas políticos del siglo. Sincero y afectuoso más de lo que se cree, siempre tiene una voz de estímulo y una palabra de aliento para los amigos que le rodean. Lleva una vida frugal. Toma los alimentos en su misma mesa de trabajo, rodeado de libros y papeles. Me lo habían pintado terrible y lo he encontrado sublime.

Su hogar es un templo. Hay en él una vestal cristiana.

Id al Cabrero y contemplad aquella capilla levantada por una mujer piadosa y miradla á ella sencillamente vestida visitando á los pobres y socorriendo á los necesitados y comprenderéis á *Eros* y á *Débora* y os sentiréis pequeños ante tanta sublimidad.

ERNESTO O. PALACIO.

Así son todas?

(CUADRO DE GÉNERO).

Así que se sentaron las parejas
Y hubo el vals en dos tiempos concluido,
Dejé de hablar con dos señoras viejas
Y en una silla me senté aburrido.

Trabé con la simpática Sofia
Un diálogo con puntas de secreto,
Sobre trascendental filosofía,
Pues me propuse echarla de discreto.

De aquel tema profundo no hizo caso,
Y hablé entonces de música y pintura;
El arte la aburrió; subí al Parnaso
Metiéndome en la gran literatura.

Dio uno ú otro *sí*, por compromiso,
Arreglando su falda ó su aderezo,
Y al dar el cuarto *sí*, le fue preciso
Ocultar tentativas de un bostezo.

Apuré de mi genio los recursos
Para pasar por hombre interesante.
Más oí, en lo mejor de mis discursos,
Que dijo á su vecina: "¡Qué pedante!"

Del bostezo y la frase lastimado,
Quise recuperar mi honor perdido,
Y con acento dulce, apasionado,
De este modo le hablé casi al oído:

—Pero en verdad, bellissima Sofia,
¿Qué es ante usted la ciencia, la pintura?
No hay arte ni inmortal filosofía
Que valga lo que vale su hermosura.

¡Ah! los ojos de usted parecen soles.
—Gracias, dijo, poniéndolos en blanco.
—La aurora dio á esa tez sus arreboles.
—Se burla usted?—Señora, yo soy fran-
(co!

Sus dientes perlas son, sus trenzas oro.
—Gracias, dijo, y lució su mano breve.
—Su cuerpo es de marfil, su rostro nieve,

Su voz arpegios de celeste coro.

—No he visto nada igual á esos dos la-
(bios.

—¡Qué exagerados son!, dijo sonriendo,
Ustedes los artistas y los sabios!
(De pedante hasta sabio fué ascendiendo).

—No, Sofía, es verdad: la estatua
(griega,

Donde está ese perfil, vale bien poco,
Quien esos ojos ve, de amores ciega,
Quien contempla esa faz, se vuelve loco.

Tiene usted atracción irresistible:
Junto á usted un perfume se respira.
Yo la amo á usted! — la dije muy sensible,
En mi interior diciendo: “Qué mentira!”

Sofía á su expansión dio libre vuelo,
Miradas libres prodigó sin tasa;
Me prestó el abanico y el pañuelo,
Me dio una flor y me ofreció su casa.

Y encantada de aquellas vaciedades
Y embustes que la dije, haciendo el oso,
Elogió mi talento y cualidades,
Y aun dijo á su vecina: “Delicioso!”

Y luégo acusarán algunas bellas
A los hombres de falsos y ligeros,
Si para hacer que no bostecen ellas
Hay que ser atrevidos ó embusteros.

José Alcalá Galiano.

Soneto.

Mirarte sólo en mi ansiedad espero,
Sólo á mirarte en mi ansiedad aspiro,
Y más me muero cuanto más te miro
Y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero;
Lloro su raudó, turbulento giro;
Y más te quiero cuanto más suspiro
Y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja á tu cuello encadenar mi brazo,
Y al blando són con que nos brinda el re-
(mo,
La mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni las ondas temo,
¡Que más me quemó cuanto más te abra-
(zo
Y más te abrazo cuanto más me quemó!

S. Rueda.

Núñez de Arce y Campoamor.

Mariano de Cavia ha publicado en *El Liberal* de Madrid un precioso *Por y para Campoamor*. El ingenioso autor de los *Platos del día* y de las *Crónicas momentáneas*, establece un paralelo entre Núñez de Arce y Campoamor, del que se destacan hermosas y vivientes las figuras de los dos ilustres poetas.

Vean los lectores lo que dice Cavia:

“Núñez de Arce es el bronce y es el mármol, es el cedro y es el marfil, es el fuego y es la ola.

Campoamor es la sangre, es el hueso, es el nervio, es el músculo, es la epidermis, es la lágrima, es la sonrisa, ¡es... hasta el espasmo ó el bostezo de todo un pueblo, de toda una generación, de toda una raza!

Mirad en Núñez de Arce al hombre que se hace poeta.

Ved en Campoamor al poeta que se hace hombre.

Núñez de Arce, con su lira en las manos, se eleva y se sublima.

Campoamor, con la lira debajo del brazo, desciende de las nubes y “encarna”.

Núñez de Arce sube y se sienta á la diestra del Dios Apolo.

Campoamor baja á la tierra, no en forma de lenguas de fuego como el Espíritu Santo, sino realizando en la España del siglo XIX el evangélico *Et Verbum caro factum est* de la poesía.

Hay quien daría todos los pensamientos de Campoamor por uno solo de los esculturales endecasílabos de Núñez de Arce.

Hay quien daría todos los cincelados poemas de Núñez de Arce por una sola ocurrencia de Campoamor.

Plectro en mano, Núñez de Arce evoca los fantasmas de los reyes y los héroes, é increpa los fantasmas de las muchedumbres y los pueblos. Lo que al historiador se le escapa, á él se le rinde.

Escalpelo en mano, Campoamor penetra carne adentro, hasta dar, entre burlas y veras, con el alma humana. Lo que al biólogo se le oculta, se le descubre á él.

Yo veo en Núñez de Arce un hombre que, por la magia y los prestigios del arte, toma asiento entre los semidioses.

Yo veo en Campoamor un semidiós, compasivo y risueño que deja el olímpico festín y viene á sentarse con los hombres en la vulgar mesa redonda, en un vagón del tren expreso, en el pórtico de la iglesia, en el tocador de la cortesana, á la cabecera de un triste lecho del hospital.....

¿Quién es antes? ¿Quién es después?

“¡Tanto monta!” Ni Campoamor, ni Núñez de Arce..... Ni nuestros antípodas están debajo de nosotros, como nosotros nos figuramos, ni nosotros estamos debajo de nuestros antípodas, como ellos imaginan.

Por ahora, y para los que hemos vivido en el tiempo de uno y otro, entre Campoamor y Núñez de Arce no hay ni arriba ni abajo, ni hay antes ni después. La posteridad dirá de ello lo que guste. A nosotros, contemporáneos del “hombre hecho poeta” y del “poeta hecho hombre”, sólo nos toca honrar y aclamar, y ensalzar á entrambos”.

No se pueden decir verdades en forma más bella; cuando Mariano de Cavia se desprende del brazo de su constante compañera, la sátira, es un poeta que siente hondo y sabe conmovier delicadamente. Si es paisano de Marcial, lo es también de los Argensolas.

El artículo de Cavia tiene un pensamiento dominante: el hacer en honor de las *Doloras* un homenaje que deje memoria y en el cual figuren prominentemente la mujer y el pueblo.

ACTAS.

JUNTA GENERAL.

—
Sesión ordinaria de la Junta General de “La Juventud Salvadoreña”, celebrada el 8 de abril de 1894.

Asistieron los socios: Presidente Bracamonte, Vocales Jerez y Fonseca, Fiscal Gomar (don Juan), Tesorero García, Gomar (don José María), Rodríguez y 1^{er} Secretario Reyes G.

Léida el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

La Secretaría dio cuenta de las disposiciones dictadas por la Junta Directiva.

Se recibió la protesta reglamentaria al Tesorero García, quien no estuvo presente en la sesión en que tomaron posesión los otros miembros de la Junta Directiva.

Hallándose ausente de la República el 2º Secretario señor Martínez, fué electo en su lugar el socio don Leopoldo A. Rodríguez, quien prestó en seguida la protesta respectiva.

Fueron aceptados como socios corresponsales: la señora doña Mercedes Cabello de Carbonera, en Lima, la señorita Rafaela Turcios, en Juticalpa (Honduras), y don José Joaquín Palma, en Guatemala.

Se acordó llamar al nuevo socio activo don Isaías Gamboa H. para que venga á rendir la protesta reglamentaria y á tomar parte en los trabajos de la Corporación.

Se nombró una comisión compuesta de los socios Bracamonte y Reyes G. para examinar las cuentas presentadas por el Tesorero, correspondientes al año anterior.

Se excitó á las Juntas Directivas de las Secciones en que está dividida la Sociedad para que lo más pronto posible formulen los reglamentos respectivos, de conformidad con el artículo 33 de los Estatutos.

Se aumentó á diez pesos el sueldo mensual del Conserje de la Sociedad.

Se levantó la sesión.

EUSEBIO BRACAMONTE,
Presidente.

ALONSO REYES G.,
1º Secretario.

Sesión extraordinaria de la Junta General de "La Juventud Salvadoreña", celebrada el 29 de junio de 1894.

Asistieron los socios: Presidente Bracamonte, 2º Vocal Fonseca, Fiscal Gomar (don Juan), Tesorero García, Solórzano, Gomar (don José María), Bayona, Zelaya y 1º Secretario Reyes G.

Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Estando presente el nuevo socio activo don Isaías Gamboa, prestó como tal la protesta reglamentaria, quedando incorporado en la Sociedad.

Se aprobó el dictamen favorable de la comisión nombrada para examinar las cuentas del Tesorero de la Sociedad, correspondientes al año último.

Fueron aceptados como socios corresponsales: los señores Doctor don Ramón A. Salazar (en Guatemala), don Domingo Martínez Luján (en Lima), doctor don Celso Briones (en Puno) y don Sixto Morales (en Arequipa).

Se excitó á los socios á fin de que preparen su colaboración para el periódico de la Sociedad.

Se levantó la sesión.

EUSEBIO BRACAMONTE,
Presidente.

ALONSO REYES G.,
1º Secretario.

Sesión ordinaria de la Junta General de la "Juventud Salvadoreña", celebrada el 1º de julio de 1894.

Asistieron los socios: Presiden-

te Bracamonte, Vocales Jerez y Fonseca, Fiscal Gomar (don Juan), Tesorero García, Gomar (don José María), Solórzano, Gamboa, Zelaya y Secretarios Reyes G. y Rodríguez.

Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Practicada la elección de la Junta Directiva que debe funcionar durante el segundo semestre de este año, quedó organizada dicha Junta así:

Presidente D. Eusebio Bracamonte.
 1er. Vocal , Víctor M. Jerez.
 2º , , , Doroteo Fonseca.
 Fiscal , Juan Gomar.
 Tesorero , Adrián García.
 1er. Secretario , Alonso Reyes G.
 2º , , , Isaías Gamboa.

Se recibió á los electos la protesta reglamentaria, y tomaron posesión de sus respectivos cargos.

Se levantó la sesión.

EUSEBIO BRACAMONTE,
 Presidente.

ALONSO REYES G.,
 1er Secretario.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión ordinaria de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña", celebrada el 18 de febrero de 1894.

Asistieron: Presidente Bracamonte, 1er. Vocal Jerez, Tesorero García y 1er. Secretario Reyes G.
 Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Fueron nombrados para formar la comisión redactora de la Revista de la Sociedad los socios Víctor M. Jerez, Eusebio Bracamonte y Doroteo Fonseca; y para desempeñar los cargos de Editor y Administrador de la misma y Bibliotecario, fue designado el socio José M^a Gomar.

El Tesorero García manifestó que por motivo de haber estado ausente de esta capital no había podido formar, para presentarlo en esta sesión, el estado general del movimiento de fondos correspondiente al año último, y solicitó próroga para presentarlo en la próxima sesión, y se acordó de conformidad.

A propuesta del socio Fonseca, fueron aceptados como socios corresponsales: la señora doña Mercedes Cabello de Carbonera, en Lima, la señorita Rafaela Turcios, en Juticalpa (Honduras) y don José Joaquín Palma, en Guatemala.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
 Presidente.

Alonso Reyes G.,
 1er. Secretario.

Sesión extraordinaria de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña", celebrada el 21 de febrero de 1894.

Asistieron los socios: Presidente Bracamonte, 1er. Vocal Jerez, Tesorero García y 1er. Secretario Reyes G.

Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Habiéndose ausentado de la República el socio Zelaya, se designó en lugar de éste al socio Jerez para contestar el discurso de entrada del señor don Isaías Gamboa H.

Fue admitido como socio corresponsal el doctor don Ramón A. Salazar, á propuesta del socio Jerez.

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

Sesión ordinaria de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña", celebrada el 8 de abril de 1894.

Asistieron: Presidente Bracamonte, Vocales Jerez y Fonseca, Fiscal Gomar, (don Juan), Tesorero García y Secretarios Reyes G. y Rodríguez.

Leída el acta de la sesión anterior, fue aprobada.

Se designó al socio Gomar (don Juan) para contestar el discurso de entrada del nuevo socio activo doctor don Francisco Argueta Vargas.

Fueron aceptados como socios corresponsales, á propuesta del socio Fonseca: los señores don Domingo Martínez Luján (Lima), doctor Celso Briones (Puno) y don Sixto Morales, (Arequipa).

Se levantó la sesión.

Eusebio Bracamonte,
Presidente.

Alonso Reyes G.,
1er. Secretario.

MISCELÁNEA.

Por las anormales circunstancias políticas que el país acaba de atravesar, "La Juventud Salvadoreña" no ha podido, últimamente, visitar, con la puntualidad que acostumbra, á sus numerosos colegas y suscritores. Mas hoy que tales circunstancias han desaparecido felizmente, y que la tranquilidad pública se restablece con promesas de duradera estabilidad, nuestra Revista se felicita de ello sinceramente; pidiendo perdón al público por su involuntaria demora, y prometiéndole, para en lo sucesivo, todo el esmero y regularidad posibles.

Aunque tarde, enviamos en nombre de "La Juventud Salvadoreña" á nuestra muy distinguida consocia señorita Josefa Carrasco, la expresión de la más sincera condolencia por el fallecimiento de su digno padre, el honorable ciudadano don CÁNDIDO CARRASCO, acaecido el 11 de febrero del corriente año en su ciudad natal de Santa Bárbara (República de Honduras).

¡Paz á los restos de tan notable víctima, y cristiana resignación á la apreciable familia Carrasco!

Se recuerda á todos los socios corresponsales de "La Juventud Salvadoreña", la obligación en que están de colaborar con la frecuencia posible en las columnas de esta publicación, según lo previene el inciso 4º del artº 6º de los Estatutos de la Sociedad.

Federico Proaño, el insigne prosista ecuatoriano, acaba de morir en Guatemala. Las letras hispano-americanas están de luto, y "La Juventud Salvadoreña" participa de ese duelo por el eterno desaparecimiento de tan ilustre como inimitable escritor.

Bien venidos sean al seno de la Patria, nuestros apreciables consocios y amigos don Alberto Masferrer, don Jeremías Martínez, don Juan Antonio Solórzano y don Indalecio Zelaya, quienes desde á fines del año pasado se hallaban ausentes de esta República.

A todos los agentes de "La Juventud Salvadoreña" les suplicamos encarecidamente se sirvan remitir cuanto antes al Administrador de esta Revista, los productos de suscripción y ejem-

plares sobrantes que tengan en su poder; determinando, al mismo tiempo, el número fijo de ejemplares que en lo sucesivo ha de enviárseles.

Tenemos el gusto de felicitar cordialmente á nuestro querido amigo don Víctor Manuel Mirón, por el éxito feliz con que obtuvo los títulos de Doctor en la Facultad de Jurisprudencia y Abogado de los Tribunales de la República.

El señor Mirón, en la Tesis que presentó á la Junta Directiva de la Facultad, trata del límite de la obediencia debida en el servicio militar. Es este un trabajo ameritado.

"Doce Poesías". — Así se titula un precioso folleto que ha publicado nuestro distinguido amigo don Francisco A. Gamboa, quien, con exquisita galantería, lo dedica: "A los poetas salvadoreños". Los amantes de la bella poesía tienen donde deleitarse en esta valiosa obra del señor Gam-
bc

El esmerado trabajo tipográfico, acredita mucho á la Imprenta "La Luz".